AUCA

REVISTA LITERARIA Y ARTÍSTICA

Obra: MUROS 7

La pintora alicantina Conchi Romero, nos muestra en este número sus creaciones de las series Silencio, Tránsitos y Muros.

Asociación Cultural AUCA de las Letras
Fundada en 2003
Revista Cuatrimestral

Nº 36 - Marzo 2016

AUCA

© De los textos e imágenes, los autores

Coordinación : Manuel Parra Pozuelo

Consejo de Redacción : Mª Rosario Mohinelo, Manuel Parra Pozuelo, Francisco Alonso

Consejo asesor : Adolfo Celdrán, Luis S. Taza, Mª Isabel Pintos, Javier Rueda, Mercedes Rodríguez, Julia Díaz, Trinitario Rodríguez, Lucía Espín, Condevolney, Inma Méndez

Colaboradores : Ana Ponce de León, Juan Antonio Urbano, Pilar de Juan, Marina Encuentra, Pedro García Cueto, Augusta Santana, Josefina Campo, Alejandra Hernández, Aurora Seguí

Maquetación : Mercedes Rodríguez
Diseño de portada : Condevolney
Delegada de Ventas : Lucía Espín
Depósito Legal : A-469-2004
ISSN : 1697-9877

Ilustración de la portada : *Muros 7*, de Conchi Moreno

Imprime : Gráficas Cervantes

Correspondencia:
c/Gravina, 4 -Centro Loyola- 03002-ALICANTE
mparra@postalvia.com
ahmati52@gmail.com
aucaalicante@gmail.com

Las personas interesadas en posibles colaboraciones, deberán dirigirse a nuestras direcciones de correo electrónico o postal para solicitar las normas de estilo de AUCA y enviar sus escritos inéditos, en prosa o en verso, que en ningún caso serán más de dos, con arreglo a estas normas, a las direcciones que se indican. El consejo de redacción decidirá, en todo caso, sobre la pertinencia de su publicación.

La revista Auca no comparte necesariamente las opiniones vertidas en sus páginas siendo los contenidos responsabilidad exclusiva de los autores

ÍNDICE

	AUTOR	pág.
Presentación	Mª Rosario Mohinelo Condevolney	2
Los tiempos de morir	Lucía Espín/Francisco Alonso Ruiz	3
La algarabía de las olas del mar / Informe de un	Manuel Parra / Javier Rueda	4
detective El último poema / Amor	Julia Díaz	5
A los refugiados Sirios	Marina Encuentra	6
Esta casa es una ruina	Trinitario Rodríguez	7
Pan con naranja	Luis S. Taza	9
Tu universo	Milton Gonzales	10
Vieja foto de cuerpo entero	Mª Rosario Mohinelo	11
Las aventuras de Amparito	Lucía Espín	12
Castigo de Dios	Francisco Alonso Ruiz	14
Pequeños poemas (pensamientos y sentimientos)	Mercedes R. García-Olías	15
Relatos de Oychó, el jardín flotante IX	Manuel Parra Pozuelo	16
Evocación	Luis S. Taza	18
De urbanita a peregrino	Trinitario Rodríguez	19
Soledad		20
CUADERNILLO dedicado a Conchi Romero.	Mercedes R. García-Olías	21
Claves para un enigma	Lucía Espín	21
Muro 5	Francisco Alonso Ruiz	22
Silencio	Adolfo Celdrán	24
Silencio 1	Manuel Parra	26
Tránsito 5	Mª Rosario Mohinelo	28
Muro 3	Inma Méndez (Alféizar)	30
Poema	Pilar de Juan/Mercedes R. Gª-	32
Finales con luna / Casi nada	Olías Adolfo Celdrán	33
Veleros indignados	Josefina Campo	34
Barrotes de acero	Alejandra Hdez. Valido	35
Tizziri	Luis S. Taza	36
Un niño muerto sobre la arena	Mercedes R. García-Olías	37
Estas manos (canto libertario)	Pedro García Cueto	38
Homenaje a Luis Cernuda…….	Javier Rueda	39
Mi árbol	Francisco Alonso Ruiz	46
Gratitud	Condevolney	47
Afueras	Luis S. Taza	48
Vendaré tus ojos	Ana Ponce de León	49
Un paisaje vacío	Juan Antº Urbano / Julia Díaz	50
Abrió su corazón al mar / Agitación	Augusta Santana	51
Hambre de ti	Condevolney	52
Die blaue blume	Adolfo Celdrán	53
El otro	Aurora Seguí/ G. Droogenbroodt	54
La cajita de fotos / Sentimientos	Mª Rosario Mohinelo	55
primaverales Dos poemas	Javier Rueda / Condevolney	56
La Venus de Milo / Un trato es un trato	Julia Díaz	57
Un extraño inesperado	Mercedes R. García-Olías Trinitario	58
Poeta sum	Rodríguez	59
La rana que sana	Manuel Parra / Javier Rueda Adolfo	60
Sin exclusivismos ni favoritismos… / Cádiz	Celdrán	62
Rayo y Luna	Francisco Alonso Ruiz	63
Dibujo de Venecia	Adolfo Celdrán	64
Alergia vital – La vuelta a casa		65
Madrigal	Javier Rueda	66
Pablo Neruda	Manuel Parra	67
Noticias aucanas	Manuel Parra	68

PRESENTACIÓN

Mª ROSARIO MOHINELO

Aún conmovidos por el recuerdo entrañable del homenaje que en la revista anterior dedicamos a nuestro compañero el poeta Francisco Alonso, hoy les presentamos la número 36, con la lectura de cuyos trabajos, "aucanos" y colaboradores, esperamos que disfruten.

La poesía circula por nuestras páginas llenándolas de vida: poemas de amor, poemas evocadores del pasado, de la juventud y de la adolescencia; poemas suscitados al contemplar viejas fotografías o al recordar las ilusiones rotas; poemas a las ciudades amadas, al campo y al mar; otros nos hablan del tiempo de sembrar y recoger y del tiempo que nos lleva. No falta el poema que nos anima a escapar, a descorrer los cerrojos y salir a las afueras, ni el defensor de la ternura, ni el dedicado a Miguel Hernández, ni el que se completa con la compañía de la obra pictórica del autor, como en el caso de Javier Rueda… Por su actualidad quiero destacar el poema de Luis Taza, "Un niño muerto sobre la arena", inolvidable niño, tan pequeño como un grano de esa arena sobre la que yace, pero tan fuerte como para despertar la conciencia del mundo. Reivindicativos son también, los poemas de Condevolney sobre el pueblo saharaui y el de Julia Díaz sobre el drama de los refugiados. Finalmente, cito el de Francisco Alonso agradeciéndonos el homenaje del que les hablábamos en el párrafo anterior.

Tampoco faltan trabajos en prosa en nuestra revista. Marina Encuentra, alías *La Colocha errante* nos habla en su relato "Esta casa es una ruina", de los problemas de convivencia en un piso comunitario. Paco Alonso nos cuenta lo que le sucedió a un hombre que abandonó a su esposa, y en "Pequeños poemas" nos ofrece el fruto de sus razonamientos y reflexiones, convertidos en concisas frases a modo de máximas, sentencias o aforismos. Mercedes Rodríguez continúa sus "Relatos de Oychó. El jardín flotante", con el regreso a España de su tía Pilar, y en "Poeta sum" se pregunta por qué lo es y, además, nos confiesa en "Canto Libertario" que sus manos no nacieron para el grillete y la cadena. Adolfo Celdrán nos relata la lucha de los "Veleros indignados" en pro de la civilización occidental; en "El Otro", el enigma de la doble personalidad y en "Alergia vital" reconoce que es alérgico a la vida. Ana Ponce de León relata cómo conoció la pérdida de una amiga tan limpia que "lavaba el agua". En "Un encuentro inesperado" Julia Díaz vuelve a los parajes amados para comprobar que, a pesar el tiempo transcurrido, nunca se ausentó de ellos. María R. Mohinelo, abuela al fin, ha escrito un cuento a sus nietos, titulado "Las aventuras de Amparito". Manuel Parra apuesta por la diversidad y la capacidad en su escrito "Sin exclusivismos ni favoritismos".

Pedro García Cueto en "Homenaje a Luis Cernuda" a los 50 años de la muerte del autor de "La realidad y el deseo", analiza la obra del poeta y su influencia en la poesía de Francisco Brines, en un extenso y bien documentado artículo.

Porque es nuestro deseo reservar unas páginas a las artes en general y a la pintura en particular, como colofón hoy ofrecemos a nuestros lectores la obra de la pintora Conchi Romero, que ha tenido la gentileza de dejarnos reproducir parte de sus trabajos enriqueciendo y embelleciendo así nuestra revista. Te damos las más sinceras gracias, Conchi, por tu aportación.

Finalizamos con los comentarios de Manuel Parra en el apartado de Noticias Aucanas.

Por mi parte, y en nombre de todos mis compañeros, les agradecemos su interés por nuestros trabajos y les recordamos que las páginas de AUCA están abiertas a nuevas colaboraciones.

LOS TIEMPOS DE MORIR

Condevolney

Los tiempos de morir dejaron brechas
que zurcí con bramante, por si acaso,
y oxidé la tristeza del fracaso
sumando al calendario nuevas fechas.

Con las espaldas rotas, contrahechas,
y la cara emulando a un mal payaso,
afronto las miserias de mi ocaso
sabiendo que no di ni una a derechas,

Y ahora que por fin me he renacido
del trance, a cada paso que voy dando,
he vuelto a esta vida convencido

que lo que anduve sin pies fue quedando
en esa noche en que andaba distraído,
cual pirata, con un amor de contrabando.

LA ALGARABÍA DE LAS OLAS DEL MAR

Lucía Espín

Desde mis aposentos y en mi lecho
puedo oír la constante algarabía
que las olas del mar, con osadía
sacuden mis oídos al acecho.

¡Ay de mí, qué alterado está mi pecho!
será por esta humilde casa mía
que pegada a la playa noche y día
me produce vigilia con despecho!

O tal vez, mis oídos en alerta
con la edad se agudicen por defecto
y tal algarabía, sean palabras

que las olas del mar, con boca abierta
elevan su lenguaje más directo
llegando hasta mi lecho como cabras.

INFORME DE UN DETECTIVE

Francisco Alonso Ruiz

Érase una vez un hombre llamado Albinus, que vivía en Berlín, Alemania. Era rico, respetable, feliz. Un día abandonó a su mujer por una amante joven; amó, no fue amado; y su vida acabó en un desastre.,

Estos son todos los datos que pude encontrar sobre el señor Albinus. Los fui espigando de acá y de allá: un comentario aquí, una sugerencia más lejos, un apunte añadido. La investigación por cuenta ajena es una labor apasionante. Pero no he de decir quién me encargó el trabajo. El secreto profesional obliga a ser discreto.

Pude añadir más circunstancias en el transcurso de mis pesquisas: el señor Albinus no era alemán, sino italiano, como ya dejaba entrever su nombre. Sus antepasados hicieron la fortuna en Alemania, él la había heredado.

Cuando el Partido Nacional-Socialista Alemán tomó el poder con Hitler, el señor Albinus hizo alguna declaración favorable al fascismo. Fue en la misma época en que abandonaba a Helen, su esposa de tantos años, por la jovencita Karen. Yo creo que amó, a su manera, y también que algunas veces, pocas, él mismo fue amado. La época era difícil, muchos fueron los imponderables y los obstáculos.

Su final dicen que fue triste. Albinus murió sólo. Yo ahora escribo mi informe. Lo demás nada importa.

ÚLTIMO POEMA

Manuel Parra Pozuelo

Hemos escrito todo,
huellas de nuestros pasos
se pierden en caminos
que pisamos aleves,
la sangre nuestra,
vertida y esparcida,
alienta y alimenta
a infinitas estancias.

Mas ahora llega el tiempo
de recoger cosechas,
de hacer del trigo pan
con el que alimentarnos.

Será candeal y blanco
o pan ácimo y viejo.
No lo sabremos nunca,
habremos de esperar
a que el río que nos lleva
haya secado el cauce,
y el espejo del agua
transporte nuestro rostro,
que viniendo de lejos
ahora cercano brota.

AMOR

Javier Rueda

En el cielo
una estrella,

en la estrella
un lucero,

en el lucero
una rosa,

y en la rosa
un te quiero.

A LOS REFUGIADOS SIRIOS

Julia Díaz Climent

A los refugiados sirios, víctimas de las guerras creadas por las grandes oligarquías, para satisfacer su industria armamentística

Te amo desde aquí
desde el umbral de la otra orilla
te amo y me pongo
con tus manos temblando
tu último vestido.
Te amo y calzo al hijo
al pequeño
que nunca será un hombre
que siempre será un niño.

Te amo y me dueles
y me duelo
desde el umbral de la otra orilla
y a mi boca llega
tu sabor a sangre
tu color de lágrima en el agua.

Te amo y escucho
ese último latido
el trago de sal
el mordisco del frío
y el mar
que no se calla nunca
con fauces de espuma
y besos asesinos
y la ola que mira
y no deja de marcharse.

Te amo desde aquí
desde el umbral de la otra orilla
herida de rabia y de impotencia
consciente de que soy
la misma luz
la misma esencia
el mismo grito.

ESTA CASA ES UNA RUINA

Marina Encuentra, alias La Colocha errante

Vivir en una casa que es una ruina tiene sus ventajas, sólo hay que ser estúpidamente positivo para valorarlas. Mi adorable ratonera es un ejemplo representativo que puede servir como referencia, por ejemplo.

Vivo en un apartamento de estilo Benetton con una india, un peruano, un venezolano y una boliviana, lo que no deja de ser harto enriquecedor, sobre todo porque la boliviana me confiesa conocer mejor España que Bolivia, y porque uno de los peruanos tiene el mismo interés por su tierra, que yo por la física cuántica…

Disfruto de un humilde espacio que consta de un colchón donado por el anterior inquilino que seguro salió huyendo, una mesa multifuncional a falta de estanterías y de todo lo demás en general, y un hueco con dos puertas que pretende ser un armario, y así debe ser a juzgar por los dos tablones que hay en su interior, forrados con plástico de motivos infantiles en tonos pastel y de uso también multifuncional. Se me olvidaba… la moqueta del suelo, sabia elección en una urbe donde no se estilan las aspiradoras; no obstante, por lo menos el dueño tuvo la lucidez de elegir un tono oscuro, además de que me sirve para guardar todo aquello que no me cabe en el armario o en la mesa.

Quise dar un toque personal a la pared, cuya blancura me inducía a una inevitable similitud con la habitación de un manicomio, pero me abstuve de ello para evitar restos microscópicos de cinta adhesiva, razón suficiente para que el casero se quedara con la fianza, pues todos sabemos que en estas ocasiones la figura del casero es más eficaz que un inspector de policía. Pero lo que hace mi espacio verdaderamente diferente, original, agradable y acogedor, es la ventana corrediza, aunque tengo que tener cuidado en el uso que de ella hago porque la comparto con el peruano. Efectivamente, nuestras respectivas habitaciones comieron vorazmente espacio al antiguo salón, el cual por su parte constaba de un ventanal quilométrico, de tal forma que el tabique de reciente fábrica separa las habitaciones y finaliza en la ventana (quilométrica). Ni que decir tiene que un día le oí tragar un trozo de carne, por lo que espero que no me haya oído cuando pienso que lamento compartir baño con él. Hechas estas aclaraciones y, dado que lo más ansiado después de dos años compartiendo habitación era tener mi propio espacio, ¿podemos considerar mi habitación como tal? Yo creo que sí, es como vivir en una habitación con la ventana siempre abierta, aunque esté cerrada.

Dejando atrás una entrada repleta de sillas de madera en desuso, de cuya finalidad en esta vida todavía dudo, se entra en la maravillosa cocina. El suelo, compuesto de baldosas de un blanco brillante e impoluto, dejó de ser blanco e impoluto en el momento de su colocación, pues tiene la facultad de atraer y teñirse de cualquier manifestación de suciedad, por lo que generalmente alcanza un tono todavía más oscuro que la moqueta de mi habitación. Aquí, todo es relativo: el menaje, los fogones, el desagüe y los refrigeradores.

El menaje corre a nuestra cuenta, aunque hay que asumir que todos hurtamos puntualmente al compañero aquello que no tenemos y que no vamos a comprar, pues para eso está nuestro compañero.

La cocina consta de cuatro fogones, de los cuales procuro utilizar sólo uno de ellos. Los dos más pequeños, sirven para calentar una taza de té para Pin y Pon (y a compartir), y el restante cada vez que lo enciendes supera el tamaño de una hoguera de San Juan. En cuanto al horno, la última vez que se utilizó (y se limpió) fue antes de construir la cocina, así que deduzco que lo mismo dará hornear un bizcocho que una lubina a la sal, pues ambas sabrían a pollo grasiento con patatas.

El desagüe tiene la doble función de evacuación de aguas y de tapón; la primera la dejó de cumplir hace tiempo, pero la segunda la ejerce a la perfección, hasta tal punto que se puede reaprovechar todo agua estancada para lavar el menaje comunal, convirtiéndonos en adalides del ahorro de agua y defensa del medio ambiente. Esta función es todavía más práctica en el baño que comparto con el infeliz peruano: se pueden agregar sales de baño en el agua estancada de la ducha para aromatizar los pies mientras te enjabonas el resto del cuerpo.

Sin duda, lo mejor de la casa son los refrigeradores, ambos una porquería, pero sorprendentemente se complementan. Para conservar la comida que no requiere de bajas temperaturas, utilizo el que está dentro de la cocina, pues, aunque no enfríe lo suficiente, por lo menos la puerta cierra herméticamente. El otro, en el pasillo, enfría siempre y cuando uno sepa cómo cerrar la puerta (y no se quede en la mano con ella), pues de lo contrario el hielo del congelador se derretirá y regará todos los alimentos que encuentre a su paso, como obviamente ya ha pasado. Este refrigerador consta de un congelador que, a diferencia del anterior, funciona; y hasta tal punto es así, que he llegado a ver el avance inexorable del hielo sobre los alimentos, por lo que en cualquier momento me veré en la obligación de sacar un filete de cerdo vestida de esquimal y con la ayuda de una sierra eléctrica.

Para eliminar el exceso de hielo, puedes ayudarte de un cuchillo y un recipiente como una botella de plástico cortada por la mitad o similar, o puedes esperar a que se vaya la luz, como también nos ha pasado. No obstante, en ambos casos el uso de guantes es imprescindible para evitar dañar la piel (podemos utilizar los del traje de esquimal). Si optamos por el cuchillo, abstenerse de golpear las paredes del congelador, pues podemos malograr el sistema eléctrico y ambos refrigeradores perderían su complementariedad; en el caso de que se vaya la luz, dependerá del estado en el que se encuentre el hielo: si es líquido, eliminaremos el exceso que afecta a nuestros alimentos, sintiéndolo por el resto de nuestros compañeros; si es sólido, nos limitaremos a extraer las placas de hielo y tirarlas en el fregadero, para que, cuando se derrita, podamos utilizar el agua sobrante para fregar gracias a la función de tapón que ejerce nuestro desagüe. Con estos pequeños detalles te evitarás las consecuencias del temido deshielo del siglo XXI.

El baño es otro apasionante lugar a describir. Intentaré evitar escatologías tales como depósitos y olores varios, para mencionar simplemente la genialidad de la ducha: eléctrica, imposible de regular la temperatura, con chorros disparejos y de presión insuficiente. Las duchas eléctricas, cuyo creador desconocía la mortal ecuación agua-electricidad, tienen la ventaja de curtirte en la vida, pues cada vez que sobrevives a la limpieza corporal te sientes como una superviviente de Auswitch. La temperatura del agua es excluyente, pero tengo entendido que combinar en un mismo baño agua helada con agua hirviendo es muy bueno para la circulación sanguínea, aunque tengo mis dudas de que no me deje marcas en la piel a causa de las posibles quemaduras de segundo grado. El chorro, sin una dirección concreta, limpia simultáneamente tu nuca (parte imprescindible del cuerpo), las paredes, la cortina y a veces, si la presión es suficiente, puede alcanzar al espejo; pensándolo bien, me evito tener que limpiar el baño diariamente (mi compañero el infeliz peruano lo evita siempre).

La terraza consta de lo que el casero llama “fregadero para lavar la ropa”, y lo que yo llamo un lavabo para lavarse las manos. Ante la ausencia de uno de los mejores inventos de la Humanidad, la lavadora, me veo obligada a lavar a mano en un fregadero donde irónicamente el desagüe cumple su función de desagüe incluso con el tapón, de forma que poco puedo dejar la ropa en remojo para lavarla. Recuerdo la selección natural de Darwin y trato de adaptarme, por lo que confieso que actualmente no lavo una camiseta sin habérmela puesto un mínimo de cuatro o cinco veces.

¡Por cierto! Rectifico con respecto al número de inquilinos, ya que en la terraza tiene su morada un hombre cuya existencia desconocía hasta que un buen día me lo encontré, sin previo aviso, en nuestro pasillo mientras salía en paños (menos que los) menores del baño. Le perdono porque hago uso de sus pinzas de la ropa, pero ya me podría haber avisado el casero de que para salir del vecindario este “compañero de piso” tenía que hacer uso del apartamento estilo Benetton para irse por nuestra puerta principal…

A pesar de todo, sigo pensando que merece la pena: tengo mi propio espacio, estoy más concienciada con el medio ambiente, ahorro en lavandería, me huelen los pies a jazmín, la sangre corre como nunca por mis venas y sobre todo… tengo la compañía de mi gran amiga india.

Lima, 14 de marzo de 2014

PAN CON NARANJA

Trinitario Rodríguez

Pan con naranja,
naranja y pan
teníamos todos
para cenar.

De desayuno
higos de higuera
solos y mondos
y de chumbera,

de los que te hacen
ir estreñido
al escusado
y retorcido.

Al medio día
la misma historia,
pan con naranja
apio y zanahoria.

Naranja dulce
y agrio limón
era el sustento
de Antonia y yo.

Por Navidades,
si suerte había,
comíamos pavo
¡Dios qué alegría!

Esta comida
no era frecuente
verla en mi casa
tanta y caliente.

Los días festivos
no se comía
nada de nada,
porque no había.

Pero el domingo
había que ir
a escuchar misa
y a recibir

la hostia sagrada
y el buen consejo
del cura joven
y el cura viejo.

Si no había pan
yo lo soñaba,
y al fin del sueño
el pan llegaba.

No era real
pero tenía
la misma forma
que una sandía.

Porque soñar
bien poco cuesta
con un gran pan
en esta huerta

donde ha nacido
quien os escribe
este poema
junto a un aljibe.

Que nunca falte
aunque esté duro
un pan de trigo
para el futuro,

a esta familia
y a muchas más
de este planeta
Santo Tomás.

Gracias al jugo
de la naranja
estamos vivos
y no en la zanja

de un cementerio
y bajo tierra,
en mi Orihuela
junto a la sierra.

Porque es el sitio
donde acabamos
todos los vivos
cuando nos vamos.

TU UNIVERSO

Luís S. Taza

Cuando tu alma se llene de nostalgia,
de tristeza, de lágrimas, de impotencia,
cierra tus ojos, imagina el universo.

Contempla sus constelaciones,
gira con sus galaxias,
baila sobre los planetas,
juega con sus estrellas,
cabalga a lomos de los cometas.

Sé parte de todas sus partes,
sé la luz de todas sus luces,
sé una inmensa supernova,
sé su final y su creador principio.

Crea soles que albergarán la vida,
que harán otra existencia,
que alegrarán este universo tuyo,
ajeno a todas tus desgracias,
y olvidando cada una de tus penas
en su inmenso agujero negro.

Sé materia y antimateria,
sé nebulosa vestida de rosa,
sé aquella constelación milagrosa.

Y, ahora, despliega tu mirada,
porque eres y formas parte
de este universo que observas,
tan tuyo, como de otra alma cualquiera.

Y sonríe, sí, como lo hacen todas las estrellas,
porque tú misma estas hecha de todas ellas.

23 de Febrero de 2015

VIEJA FOTO DE CUERPO ENTERO

Milton Gonzales

Del pie derecho
a los cabellos insurrectos,
todo fallado.

Alto desde siempre, aunque al nacer
(dice mi madre)
cabía en una caja de zapatos.
(Y ahora que lo pienso,
¿qué demonios hacía en una caja de zapatos?)
Los cariños de familia
le dieron a mi cuerpo su forma inédita,
y la timidez, que nadie ha visto,
aún está bajo mis párpados.
Tengo la rodilla derecha de un hombre bicentenario
y un perfil vallejiano,
un perfil herido
que jamás ve de frente a la vida.
Alguna vez quise contar los lunares de mi cuerpo
y encontré 200 constelaciones en mi rostro.
Soy más bien niño que adulto,
y a una bandada de lágrimas he dejado volar frente al espejo del baño.
Mi carácter siempre espantó a la familia
y engañó a los peregrinos.
Pero de un tiempo acá, me he vuelto más bien indiferente.

En materia del amor…
siempre hay uno tan querido
que terminamos odiándolo.
Yo encontraba los versos más románticos en recetarios de cocina,
pero decir que los mejores anticuchos…¡solo con vacas enamoradas!
no bastó para evitar que se fuera. *(Risas y palmas)*
A veces me deprimo, por eso tantos chistes.
Mas quien vea las escleróticas amarillentas de mis ojos
sabrá de la transparencia de mi alma.

Todo eso bañado con un falso orgullo.
Soy todos los que soy: pedazos de hombre y bestia
que sufren de insomnio pero duermen mucho.

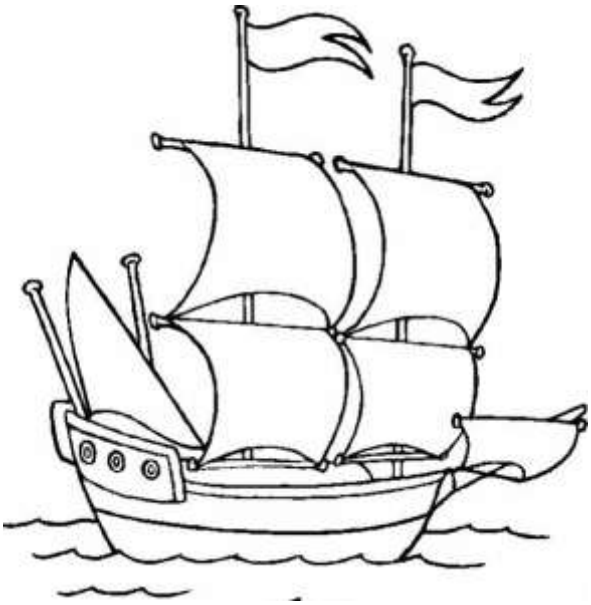
LAS AVENTURAS DE AMPARITO

Mª Rosario Mohinelo

Para mis nietos

Amparito era una niña muy guapa y buena aunque algo traviesa. Vivía en un pueblo del interior y soñaba con conocer el mar, pero como su papá era muy pobre porque estaba mucho tiempo sin trabajo a pesar de buscarlo incansablemente, no tenían el dinero necesario para ir a pasar unos días en algún lugar de la costa.

Amparito se consolaba leyendo muchos cuentos, de esos que hablan de playas de arenas doradas, por cuya orilla corretean marcha atrás los cangrejos y se encuentran caracolas y conchitas nacaradas con las que se hacen los "souvenirs" para los turistas.



También le gustaba mucho hojear un libro, regalo de su séptimo cumpleaños, con muchas láminas con toda clase de barcos. Su preferido era un velero que navegaba sobre un mar azul añil con las velas completamente desplegadas e hinchadas por el viento, y casi tan blancas como las sábanas que tendía su mamá, que era una señora muy limpia, en la terraza.

Precisamente, un día que estaba sola en casa, tratando de imitar a su mamá decidió lavar los vestiditos de su muñeca. Sin pensarlo dos veces comenzó a meterlos en la lavadora. A punto de acabar, una fuerza misteriosa, potentísima como una enorme ventosa, aspiró a la niña, la introdujo en el tambor y cerró la portezuela. Inmediatamente la lavadora se puso en marcha, dando vueltas, unas veces para un lado y otras para otro, en medio de un montón de espuma. Lo peor llegó con el centrifugado, cuando comenzó a girar enloquecida y rugiente. La pobre Amparito, encogida de tamaño de resultas del agua caliente y muerta de miedo, no sabía a dónde agarrarse. Tantas vueltas y vueltas dio que los brazos, el cuerpo y las piernas se enrollaron y retorcieron hasta quedar convertidos en una especie de cordón largo y finito que atravesó sin dificultad el orificio del desagüe. Enseguida descendió por la cañería a gran velocidad, tan deprisa como por el tobogán del parque, y una horrible sensación de vacío le produjo náuseas en el estómago.

La cañería desembocaba en un oscuro túnel, por cuyo suelo corría un riachuelo sucio y pestilente. Menos mal que logró atrapar una botella de plástico, se montó a horcajadas sobre ella y pudo hacer el camino al que la corriente la arrastraba flotando sobre las aguas. Según avanzaba oía chillidos agudos y veía en la oscuridad puntitos luminosos, como ojos escudriñadores de animalejos inmundos dispuestos a devorarla si caía de su improvisado vehículo. El viaje duró mucho tiempo y la pobre niña, rendida y aterrada, creía que nunca saldría de allí, hasta que vislumbró, pálida y lejana, una luz anunciadora de la libertad.

Al llegar al exterior cerró los ojos durante unos momentos porque el resplandor del sol, tan brillante, la lastimaba. Cuando los pudo abrir atravesaba un campo cuajado de flores –margaritas, campanillas, amapolas- y con muchos árboles también en flor en cuyas ramas cantaban los pajaritos. El riachuelo zigzagueaba entre las matas verdes y era cada vez más y más grande y sus aguas más y más limpias. En la lejanía se recortaba la silueta de unas montañas azules, y la brisa perfumada de romero traía en sus alas el tañido de las esquilas de un rebaño remoto.

Amparito, a la vista de un paisaje tan bello, se fue tranquilizando. Le adormecía el zumbido de los insectos y las mariposas multicolores le parecían flores voladoras. Al cabo de un rato el riachuelo, que ya era un río medianamente grande, rodeó una colina y fue a remansarse a sus espaldas, formando un pequeño lago, para proseguir su curso algo más adelante.

Entonces Amparito pensó que se había dormido del todo y que soñaba, pues no podía creer lo que estaba viendo. Al borde del remanso había una joven bellísima. Una abundante cabellera dorada le caía hasta la cintura. Sus ojos eran verdes, profundos como las aguas del lago, su tez sonrosada y transparente. Tenía en

una mano un espejo y en la otra un peine, ambos de oro. Mientras se peinaba cantaba una antigua canción. Tan melodiosa y dulce era su voz que hasta el río detuvo unos minutos su marcha para escucharla.

Amparito demandó a grandes voces auxilio a la joven quien se introdujo en el agua, la tomó en sus brazos, apartó los juncos de la orilla y la depositó sobre la hierba. La niña, muy emocionada, le contó lo sucedido. "Cálmate -dijo la joven-, soy tu amiga y te estaba esperando". Ante la sorpresa de Amparito continuó. "Soy un hada de las fuentes, los lagos y los ríos. Conozco todos los secretos del mundo y de la poesía por haber bebido en la copa de cristal que contiene el néctar de la sabiduría. Me llamo Lily y te concederé tres deseos si contestas acertadamente a esta pregunta:"

-¿Qué es mayor, la tierra o el mar?

La niña reflexionó unos instantes y después contestó:

-La tierra, porque está también en el fondo de los mares.

Lily estuvo de acuerdo y Amparito expresó sus deseos:

-Mi primer deseo es poder ayudar a mis padres a salir de la pobreza, el segundo regresar a casa con mi tamaño normal y el tercero conocer el mar.

-No hay ningún problema, -contestó Lily-, los tres deseos te serán concedidos pero en otro orden. No tengas miedo, -añadió.

Cogió a la niña de una mano, pronunció unas palabras mágicas e instantáneamente se encontraron en una hermosa y desierta playa como las de los cuentos. Grupos de cimbreantes palmeras la adornaban y bandadas de gaviotas parloteaban en las alturas. Amparito se emocionó al ver el mar. Lo encontró mucho más bello de lo imaginado, tan azul, tan transparente, tan calmado... Las olas eran suaves, festoneadas por un encaje de espuma. Los cangrejos correteaban por la rubia arena y desperdigadas por ella conchas irisadas brillaban al sol. De pronto, ante los atónitos ojos de la niña, apareció, majestuoso y bellísimo, el velero de su libro deslizándose sobre las aguas. El barco se detuvo a cierta distancia y su capitán envió un pequeño bote a recogerlas. Antes de que llegara la pequeña embarcación, Lily pronunció una frase mágica y Amparito, en un tris, recuperó su tamaño normal.

Arribó el bote enseguida, pues los dos marineros que lo llevaban remaban con energía, y reemprendieron el camino en sentido contrario. Pronto alcanzaron el barco, subieron por una escalerilla desplegada al efecto y se encontraron a bordo. El capitán, un hombre maduro vestido con una casaca adamascada, camisa con chorrera de encaje y calzones ajustados, las saludó sombrero en mano con una reverencia. El rostro del capitán estaba curtido por todos los vientos, sus ojillos penetrantes brillaban bajo la estopa de las cejas y llevaba el cabello recogido en una coleta sobre la nuca.

-Bienvenidas al barco de los sueños cumplidos, -dijo- Si los niños son buenos y aman al mar con mucha fuerza, suelen ocurrir estos hechos maravillosos.

Después las presentó a la tripulación; recorrieron el barco; dio unas órdenes y comenzaron a navegar. La niña no salía de su asombro, pero se sentía tranquila y contenta, como si se encontrara en su casa porque estaba con Lily. Admiró las blancas velas, los mástiles que las soportan, las cubiertas, el castillo de popa, el timón… Desde el puente de mando disfrutó de un viaje bellísimo, mientras el capitán les iba contando todas sus batallitas con los piratas.

Perdieron de vista la línea de la costa, sus playas y acantilados, envueltos en la neblina. Pronto estuvieron en alta mar escoltados por muchos delfines juguetones; avistaron una ballena lanzando su surtidor hacia el cielo y una isla lejana que el capitán aseguró era la de Robinsón, a quien él rescató y devolvió a la civilización. Más tarde, un velero negro y desarbolado se divisó en lontananza.

"Ya está aquí otra vez el dichoso buque fantasma, -masculló el capitán dirigiéndose al segundo oficial-, volvamos antes de que se acerque. Es un barco solitario. Navega conducido por los espíritus de sus anteriores tripulantes, los cuales se ahogaron en una noche de tormenta" -explicó a sus invitadas.

Amparito se estremeció. El sonido de una campana avisando para cenar la distrajo de sus pensamientos y se encaminaron al comedor. El menú consistió en arenques ahumados y nueces. Durante la sobremesa el capitán comenzó a programar un nuevo viaje, mas Lily dijo que no podían estar tanto tiempo en el barco porque tenía que asistir a una reunión de las hadas y las ninfas que se celebraba, precisamente, al otro día.

Cansada por tantas aventuras y emociones a Amparito se le cerraban los ojos. El capitán las acompañó a su camarote y les deseó un sueño reparador. Durante unas horas la niña durmió profundamente hasta que la despertó una voz misteriosa. Alguien cantaba y parecía llamarla. A través de la ventanita circular del camarote y gracias a la luz de la luna llena, vio frente a ella a una bellísima doncella con una larga cabellera verde. Sus ojos, también verdes tenían una extraña fosforescencia salina. Comprendió que se trataba de una sirena cuando su cola de brillantes escamas batió el agua.

"Amparito, Amparito, soy Miranda, la sirena Miranda, y quiero conocerte".

Abrió la niña muy despacio la ventanita para no despertar a Lily, y la sirena le preguntó:

-¿Quieres venirte conmigo? Te enseñaré el fondo del mar, todos sus tesoros, nuestras casas y ciudades, los árboles de coral, los barcos hundidos… Jugaremos con toda clase de peces y te presentaré a mis amigos y familiares y a un buzo muy simpático que conozco.

-No puedo. He venido con el hada Lily. Tiene que regresar mañana y he de acompañarla. De todas formas te agradezco mucho tu invitación.

Al oír nombrar a Lily la sirena hizo un gesto de fastidio. (Sabido es que las sirenas disputan a las hadas y ninfas su potestad sobre las aguas terrestres no conformándose con la que ellas ejercen sobre las marinas. En el mundo fantástico como en el real la posesión del agua siempre trae problemas).

-Está bien, -contestó al cabo de unos minutos-. Prométeme que tu próximo viaje será a mi país.

-No sé si podré hacer otro viaje; no depende de mí.

-No te preocupes por eso, yo lo arreglaré, verás que bien lo vamos a pasar. Toma -añadió aproximándose más, y alargó a la niña una pequeña caracola. -Cuando quieras hablar conmigo pronuncia mi nombre sobre la caracola y luego póntela en la oreja. Es una variedad de teléfono móvil que utilizamos nosotros. Esperó que me llames pronto. Adiós, adiós.

-Adiós, Miranda –susurró Amparito antes de que la sirena desapareciera debajo del agua.

Por la mañana, muy temprano, se despidieron del capitán y de toda la tripulación. La niña no paraba de dar las gracias a unos y otros, tan buenos habían sido con ella…

En el mismo bote que las había llevado hasta el barco hicieron el viaje de vuelta. Una vez en la playa repitió Lily las palabras mágicas e inmediatamente se encontraron en el lago donde se conocieron.

"Querida Amparito, -dijo Lily con un deje de tristeza en su voz- No tenemos más remedio que separarnos. No me olvides nunca. Eres una niña buena y por eso he querido ayudarte. No te preocupes por el trabajo de tu papá. Está ya arreglado y nunca más volverá a faltarle. Toma –añadió quitándose un anillo que llevaba en el dedo meñique-. Este anillo es mágico y te ayudará si alguna vez estás en peligro. Yo te visitaré en tus sueños.

La besó con mucho cariño y desapareció.

Sintió Amparito tanta pena que casi no podía respirar. Comenzó a llorar y sus propios suspiros la hicieron despertar. Estaba en su casa y tenía el libro de los barcos en el regazo, pero al ver en su dedo el anillo de Lily y notar en el bolsillo la caracola de Miranda, comprendió que lo sucedido no había sido un sueño, sino una de las experiencias maravillosas que a veces viven los niños.

CASTIGO DE DIOS

Lucía Espín

El fin del mundo llega galopando
viene de aquí, y de allá, por un camino
que cada cual encuentra en su destino
al tiempo que la vida va expirando.

El fin del mundo obscuro y avanzando
es castigo de Dios, Padre divino,
mas si de tantos males nos previno
¡por qué nos está siempre atormentando!

Esta es mi triste y breve alegoría
y que en versos el fin del mundo dejo
mas no quisiera verlo todavía.

Quizá Dios me castigue cuando viejo
aunque viva sin gusto ni alegría
y me caiga el cabello, y el pellejo.

Ten cuidado con las mayúsculas,
dan excesivo peso a la página.

Continuidad antes que transcendencia,
Tiempo vivido antes que soñado.

Nada me salva de la contradicción,
La contradicción es la vida.

Que algo de polvo quede en tu chaqueta
Para que nunca olvides lo vivido.

La excesiva ternura me adormece
Y quiero estar despierto.

Cuando Dios se despierta
Nos quedamos dormidos.
Y cuando Dios se duerme
No escucha nuestros gritos.

Cuando digamos la palabra "viento"
Que el viento llene todas nuestras calles.

El ser humano quiere ser feliz
pese a Dios y al Diablo.

Si pudiera callarme no hablaría.
Hablo por no morirme cuando hablo.

Cada camino es distinto,
Pero tú eres el mismo.

Raíces en la tierra
Y ramas hacia el aire,
Y al árbol que sea el hombre
Que no lo mueva nadie.

El problema es vivir
Lo que ya se ha vivido.

No te pueden quitar la libertad
Si tú no te esclavizas.

Todas las cosas tienen una
Hacedora de misterio.

Quien no asume la vida
Nunca aceptará la muerte.

Saber algo, decir lo necesario,
Amar la vida, aceptar el dolor.

La realidad es oscura. La luz
Habita un lugar secreto.

Si rompes el espejo rompes tu rostro.
¿Dónde te mirarás entonces?

Que no te moleste el traje. Desnudo
Llegarás más lejos.

El mejor trabajo poético: entrar en la muerte.
Regresar y contar lo ocurrido.

Ayer se nos murió dentro un hombre.
Hoy vivimos, pero soportando un cadáver.

No eres tú quien se mira en el espejo
sino el espejo el que te mira a ti.

Cuando conozcas al hombre que eres
te faltará conocer al hombre que serás.

El problema de Dios, y también
del diablo, es que no conocen al ser
humano real demasiado.

Entre el Bien y el mal, entre la duda y la fe
el hombre quisiera seguir estando vivo
siempre.

El agua vale más que la piedra,
la verdad más que la belleza.

No le pongas rostro a Dios,
su rostro es diferente para cada hombre.

El miedo tiene cientos de formas
y es muy posible el conocerlas todas.

Ama más a los demás
el que se cuida de sí mismo.

Existen muchas cosas en el amor,
el tiempo hará que las conozcas todas.

Hay dos caminos para ser imbéciles:
creerlo todo o no creer en nada.

RELATOS DE OYCHÓ(*), EL JARDÍN FLOTANTE. IX

Mercedes Rodríguez García-Olías

¡BIENVENIDA TIA PILAR!

Durante años nada supimos de las vidas de aquellos que durante años nos arroparon la existencia; solo Cristina que era telefonista pudo llamarnos; haciendo equilibrios en la cuerda floja de la represión para establecer contactos cada vez más esporádicos, y contarnos penas, y soltar suspiros, y tranquilizar nuestros temores por la tía Pili que se encontraba bien y nadie se metía con ella, porque "Señorra, todo el mundo respeta a señorrita Pilar porque es muy buena, ¿Quién va a hacerle daño a señorrita Pilar, estando con las embajadas?".

Y es que la tía fue una jabata que siempre se valió por sí misma. Permaneció en la isla hasta el año 1972, viviendo como lo hizo siempre en el Hotel Bahía, que dirigía con mano firme y segura. Todo el mundo la respetó, negros y blancos; mereció sin duda que le dieran títulos diplomáticos de mucho honor, porque hizo buena patria y dejó el nombre de España en elevado pedestal en aquellos momentos aciagos en que España para los Guineanos estaba cubierta por los detritus del colonialismo que los negros no querían ni sabían olvidar.

Y es que tía Pilar valía un potosí; había llegado arriba por su propio mérito y esfuerzo, sin pisar a nadie en su camino ascendente, a base de dedicación, celo y desvelos por su trabajo.

Y es que la tía Pilar era una mujer fuerte e independiente, ¡qué córcholis!, y no le importó discutir airada con su familia, mandarles a hacer gárgaras, y tener que pasarse siete años sin abrazar a su hermana para conservar su sacrosanta libertad.

Y es que la tía Pilar dirigía el hotel con autoridad y gran diplomacia, dotes que pocos mortales poseen a la vez y que poquísimos saben complementar.

Alguien propuso un día que le otorgaran a tía Pilar honores patrióticos civiles y se cursaron propuestas a sus espaldas, sin decirle nada, porque fue valiente, porque fue válida para su país, porque fue la única mujer blanca que durante mucho tiempo se quedó en la isla y jamás derramó una lágrima. Una carta le llegó al filo de 1973, cuando había dejado ya la isla con mil engaños y truculencias soplados al oído del señor Ministro de Seguridad que le decía "¿Pilar, para qué quieres marcharte a España, con lo bien que estás aquí?". Llevaba membrete oficial con águila imperial flechas y yugo; le comunicaba la Presidencia del Gobierno que le era concedida medalla de plata al mérito civil; con ello el régimen encomiaba que no premiaba sus desvelos, su buen hacer de españolita de a pie enjuto, sus disgustos, sus miedos de última hora, cuando los amigos negros, que eran muchos, iban cayendo como fina arena en el hoyo de desolación de la locura del Tigre. Entonces comenzó a sentir miedo de caer en desgracia ante los ojos de cualquier Ministro de turno, o de algún consejero privado del Señor Presidente; porque todos iban cayendo ya sin motivo, cuando empezó a notar que los empleados nativos del hotel que gobernaba con mano de seda y guantelete de hierro, se hacían los remolones y ganduleaban por más que se esforzaba para que todo funcionase bien como siempre con el personal poniéndole la proa.

Se cansó de tanto batallar y como no tenía nada que ganar ni que perder, se dijo, me vuelvo a casa con los míos; a estos que los zurzan que ya está bien. Se notaba que era castiza de Chamberí, lo decidió y de inmediato lo hizo, informando al señor Ministro del Interior con quien le unían buenas relaciones, que pensaba hacer un breve viaje a Madrid a curarse una erupción cutánea que se había convertido en crónica y persistente. El muy cabrito de Ministro va y le dice: "Pilar, vuelve pronto, que ya sabes que Papá (el Tirano) te quiere aquí entre nosotros".

El equipaje fue ligero, obligada a no levantar sospechas de que se iba definitivamente; un maletín con dos mudas de ropa; llenos de ropa y efectos personales quedaron los armarios de su habitación en el hotel. Hasta el propio Ministro de Seguridad la despidió la tarde antes en el hall del Bahía. Con exiguo equipaje y el corazón dándole vuelcos, enfiló el taxi la carretera del aeropuerto; se va con temores y aprensiones, con la ventanilla bajada y la nariz abierta para aspirar por última vez el aroma cítrico del contrití que invade las márgenes del camino. Incluso pidió al chófer que se detuviera para arrancar unas ramas y meterlas en el bolso como único patrimonio de quince años de vida isleña. ¡Qué detalle tan pequeño para tan grandes vivencias!

En el bar del aeropuerto se tomó la postrera copa, pero cuando faltaban escasos minutos para abordar el avión sonó el altoparlante con tenebrosos presagios, aullando "Señorrita Pilar al teléfono; señorita Pilar de Hotel Bahía, al teléfono".

Los segundos del reloj quedaron paralizados, el vaso se le caía de la mano y las piernas se negaban a enderezar el cuerpo, mientras oía su nombre "señorrita Pilar... señorrita Pilar"... como algo anecdótico y fuera de lugar; el sonido se le metía por dentro de la masa encefálica mordiéndole el ánimo. "Todo el mundo me conoce;

si no acudo parecerá raro", meditó y se levantó. Se acercó al mostrador, tomó el auricular que le tendía el empleado del aeropuerto y con un hilo de voz inquirió: "¿dígame?". Al otro lado, sonó la leve voz de la recepcionista nativa del Bahía que le preguntaba: "Señorrita Pilar, el señor Ministro de Interior pregunta por usted. “Pues dile que no puedo ponerme, que estoy haciendo unas compras”

Primero un suspiro, después un alivio infinito. Luego colgó el aparato, cerró los ojos y apretó los labios. Inspiró profundamente aligerado el ánimo, exhalando después el aire lentamente, mientras recogía su maletín liviano y apretaba el bolso contra el pecho. El trecho hasta la aeronave era corto, pero a cada paso, a cada inspiración contenida, la cabeza le daba vueltas, el corazón pálpitos, y sentía en las sienes el bombeo machacón de su propia sangre. "¿Será posible que tenga miedo?, y mientras el alma le decía "vuélvete a mirar por última vez", el cerebro la apremiaba "sigue, sigue", la valija se hacía como de plomo con sólo dos mudas y el bolso se le adhería a la piel. Sus pies andaban automáticamente hacia la escalerilla que se distorsionaba y se alejaba, el perfume del contrití se evadía del bolso inundando su entorno y ella se decía "ya no volveré, no volveré más".

La conocían el capitán y las azafatas porque siempre se hospedaban en el hotel; la querían y admiraban su tenacidad y valentía; caras tensas husmeaban a través de la carlinga todos sus movimientos y la animaban sin palabras, con la mirada: "¡Vamos Pilar, vamos!", hasta que ascendió el peldaño final y retiraron la escala con una fuerte patada. Se emocionó cuando entre el rugido de los endiablados motores, la tripulación gritó: ¡Pilar, bienvenida a España!", y las lágrimas se le escurrieron calladamente por las mejillas cuando la aeronave remontó el vuelo con viento favorable.

¡Oh viento, viento, viento mío, brisa atlante! yo te hacia entonces un poema de amantes dormidos para congraciarme contigo, porque el amor no es solo amor entre hombres y mujeres, sino también amor de familia, amor de gentes, amor de muerte y de vida. Y pensando en todos los amores y deseando que te acercaras, viento tranquilo, a los alerones de su nave, yo te cantaba:

Espíritu adorable
marinero atlante,
te escondes en la oreja de mi amante.
Hace mil años
quedó dormido mi amor en esa playa negra
en esa arena grande.
Reencarnada en perdiz he estado errante.
Hecha pez te pregunté el secreto
de los conjuros verdes con que despertarle
Luego nacida olivo
permanecí alejada de tu espuma
en la tierra firme
y no he podido hablarte.
Sóplale al oído
viento mío, brisa atlante
¡y qué despierte ya su alegre sonrisa!
Pero escucha, viento mío,
sóplale suave, muy suave
¡no vayas a inquietarle!
viento, vientecito mío, brisa atlante.
Si lograras despertarle
pondré en tu dorso un navío que se llame
"Esperad el viento del Atlántico".
Te agradará mi regalo,
densa será su arboladura, como tu espuma
su casco será brillante, como el sol,
como el sol sobre la espalda del océano.
Ese será mi regalo, viento mío
si consigues que despierte y puedo
volver a mirarme en el oscuro espejo
de sus ojos marinos.

(*)Oychó es el nombre aborigen de la isla de Fernando Póo donde me crie.

EVOCACIÓN

Manuel Parra Pozuelo

Socuéllamos, Tomelloso,
Criptana, Pedro Muñoz:
sois pueblos de pelo en pecho,
pueblos llenos de girones,
cadenas sin eslabones,
pero duras de cortar.

Era un muchacho yo,
estos versos rimaba
y era en verdad muy gris
el paso de los días.
¡Cuántos llantos ocultos!
¡Cuántas lágrimas vanas!
Los domingos al cine,
donde el niño soñaba,
después a las mañanas
tristes como las tardes.

Las muchachas pasaban
por las desiertas calles
raudas e inalcanzables,
distantes y encerradas
por velos y oraciones
que ocultaban redondos
y atrayentes escorzos.

Tú eras aquel muchacho
que en los trenes veía
pasar los rutilantes
mundos de los viajeros,
que dejaban olores
a hermosísimos orbes,
de prodigiosas luces
alumbrando la noche.

Tú aspirabas el humo
que tan raudo escapaba
como un leve suspiro
que nos dejaba sólo
un ardiente deseo
de ocupar los lugares
donde aquellos viajeros
nuestros deseos llevaban.

Dejo tras de mí la gris ciudad,
y me introduzco en los altos montes;
entre los almendros rosados y floridos,
entre los viejos olivos retorcidos,
entre perfumes de albahacas,
entre olorosos romeros bendecidos.

Dejo tras de mí la gris ciudad,
y camino libre como el viento,
sólo vestido de mi sincero yo: mi cuerpo,
mi piel, mis músculos y mis huesos.

Tengo de techo el sol y su cielo,
bajo mis pies, verdes prados,
un sinuoso y largo sendero,
tan desconocido como perdido.

Y la música de un riachuelo
me acompaña en mi trayecto,
junto a saltarines y alegres pájaros,
que cantan divertidos y despreocupados.

Las duras rocas del camino,
indican sólidas fortalezas,
que ya nada defienden,
acaso la soledad del caminante,
que hace un alto en su andar cansado.

En estos bellos parajes,
la verdad y la vida son
rotundas, sólidas y absolutas,
nada esconden, porque son “el todo”.

Y ese “todo” es vivir;
sufrir, amar, gozar y, finalmente morir,
para renovar este inmenso y feliz jardín,
que siempre estará, cuando tú, peregrino,
detengas tu caminar y llegues a este lugar.

Y si no encuentras el camino,
cierra tus ojos peregrino, y desea llegar,
abre la mirada en tu profundidad,
lo verás, tú lo contemplarás, llegarás.

Dejando siempre atrás, la gris ciudad.

14 de diciembre 2015

SOLEDAD

Trinitario Rodríguez

Deja mi ventana abierta,
déjala de par en par
para que pase la brisa
que fresca viene del mar,
deja mi ventana abierta
que quiero ver el cañar,

los naranjos ya floridos
y florido el limonar,
donde siempre está cantando
un ruiseñor sin cesar.
Deja mi ventana abierta
que pase la claridad,

que la oscuridad no es buena
para quien quiere escuchar
al ruiseñor cancionero
cada día al despertar.
Deja mi ventana abierta
implacable soledad.

Tú que siempre vas y vienes
como abyecto bumerán
a mortificarme el alma
que tengo de gavilán,
deja mi ventana abierta
que quiero ver cuando van

y regresan por la senda
del Laurel los hortelanos
con sus camisas sudadas
y desgastadas las manos,
deja mi ventana abierta
que pasen los vientos sanos.

Cerrada nunca la quiero
porque me entra depresión,
y tristeza si no siento
como canta mi canción
un ruiseñor cancionero
y de paso la lección

magistral que le está dando
en voz alta el profesor
a los niños en la escuela
en el pueblo de mi amor.
Deja mi ventana abierta
que pase la luz mejor

del brillante mes de mayo
y el olor del jazminero
de mi vecina Isabel
su galán y su lilero,
deja mi ventana abierta
que quiero ser el primero

en ver cómo llega el día
y la estupenda mañana
primaveral y sin frío
a esta tierra mía oriolana.
Deja mi ventana abierta
que quiero ver a mi hermana,

con la que juego a diario
porque las otras se han ido
de sirvientas a Orihuela
y temo haberlas perdido,
deja mi ventana abierta
que quiero ver si han venido

a mi casa de regreso
y no se tengan que ir,
a otros hogares extraños
fuera del suyo a sufrir,
deja mi ventana abierta
que quiero verlas venir

cada día que amanece
a mi tierra de labranza,
¡Está es la ilusión que tengo
no me quites la esperanza!
que está sangre mía es buena
para el pueblo y de bonanza.

Deja mi ventana abierta…

Cuadernillo dedicado a la pintora Conchi Romero

Claves para un enigma

¿Está dudando acaso?
*¿el **Muro** contraído de su frente*
lo confirma?

¿Sugiere el dedo
que la boca presiona,
misterios galácticos?

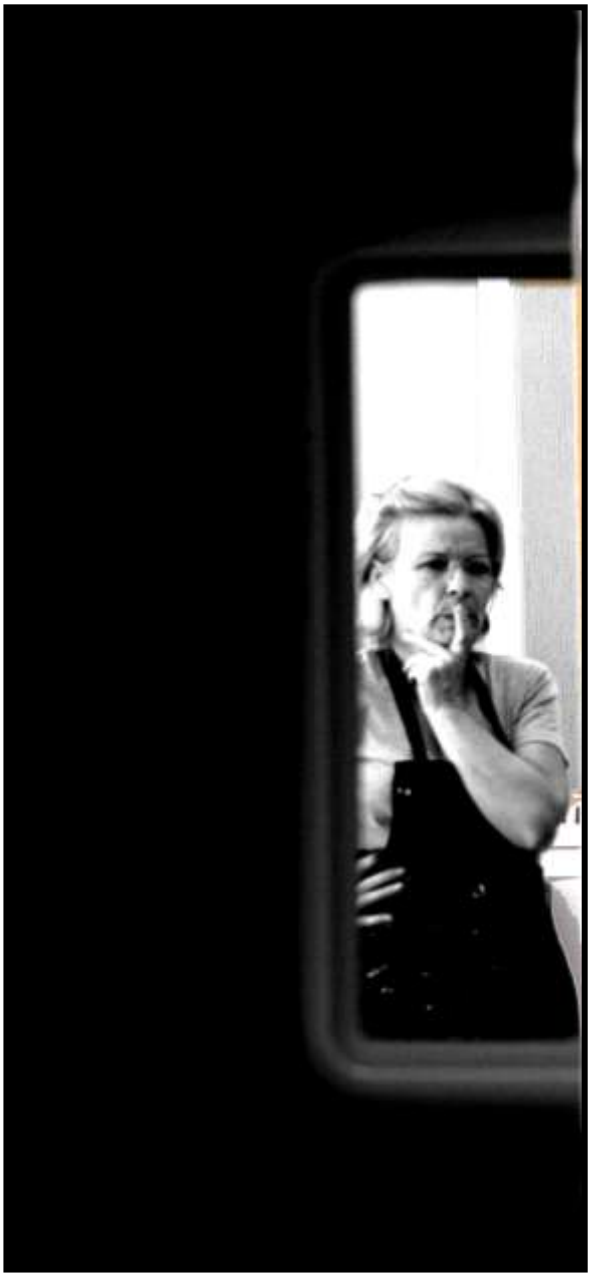
¿Qué dicen los ojos,
a qué nuevo
horizonte amanecen,
qué secreto murmuran?

*Hay **Tránsito** y deseo*
percepción, tensión
íntima y profunda.

Y esa mano tímida
que asoma femenina
¿qué busca, qué ansía?

En tanto crece y crece
en su interior la cadencia
*del más puro **Silencio**.*

Mercedes R. García-Olías



Los aucanos poetizan y narran plenos de exaltación y alegría ante los Silencios, Tránsitos, Muros y otros enigmas de la artista alicantina.

MURO 5, obra pictórica de Conchi Romero

Lucía Espín

Como si fuese el mar atormentado
con altísimas olas nacaradas
que parecen reírse a carcajadas
de cual barco navega naufragado.

Como si fuese el mar, el que ha brotado
de estos muros de bellas pinceladas
que sobre el blanco lienzo iluminadas,
Conchi Romero, aquí deja pintado.

Como si fuese el mar, sigo y repito
que entre las olas, lleva un barco hundido
y de tanto insistir me precipito.

Pues donde vi el mar, muros han crecido
y como una ilusión no es un delito
vuelvo a ver el mar, siempre enfurecido.

Muros 5, de Conchi Romero

SILENCIO 3, obra pictórica de Conchi Romero

Francisco Alonso Ruiz

Ni una sola palabra
en los hombros del viento,
ni el grito de una noche
que viniera de lejos,
ni el temblor de una lágrima,
ni la emoción de un beso,
solamente hay silencio.

Silencio quebrantando
las membranas del tiempo,
el espacio y la sombra.
La palabra recuerdo
o la palabra olvido,
el amor o el deseo,
solamente hay silencio.

Espacio inconmensurable
muy parecido al sueño,
de la calma del alma,
al profundo misterio
de lo que es la belleza
es lo que aquí contemplo,
aunque sólo hay silencio.

Ni una sola palabra
en el espacio abierto
del color y la luz,
la gracia y el ensueño
y la melancolía
que nos habita dentro,
y que sólo es silencio.
Así en la pintura
de Concepción Romero

Silencio 3, de Conchi Romero

Nada.
Nada, sí.
Después, nada:
    más nada, sólo nada.
Y luego unos latidos,
unos sonidos confusos
en la niebla
de una leve consciencia aletargada.
Un compás,
    un tic tac,
    un sube y baja.

Y algo más:
El aire, sí,
que penetra
a la naturaleza entera, al alma misma.
y que luego, suavemente,
sale
en el eterno juego
que siempre ha sucedido,
siempre, siempre, siempre
desde que el mundo es mundo y se trasciende.

Y, luego, un soplo
una brisa vital, húmeda y pura,
que siento
en lo que debe ser mi rostro, mi piel, mis labios
y hasta lo siente lo que debe ser mi olfato
que huele a mar y a viento y a espacio libre y a naturaleza

Y, por fin, mis ojos que se abren
y contemplan un festival de cálidos colores
sintiendo
que eso justo que se construye en ellos
es la vida misma
que vuelve a mí tras el sopor del sueño.
Vida que vive ante mí,
por mí y para mí,
vida que vive conmigo y me sonríe.

Y le sonrío:
Siento que le sonrío.
Y siento
que, tan solo por ver esos colores,
tan sólo por eso y para eso,
merece la pena,
me merece, nos merece:
merece la pena el estar vivo.

Silencio 1, de Conchi Romero

TRÁNSITO 5, obra pictórica de Conchi Romero

Manuel Parra Pozuelo

Para la magnífica pintora autora de Tránsitos 5

Transitas tú,
sobre el 5 central e inencontrable.
La luz que te ilumina
se escabulle, se pierde
en recovecos,
sólo vemos un limbo
de grises desvaídos,
de negros que se ocultan
y no llegan a serlo,
rojos que se estremecen
y en marrones se mutan.

Todo fluye incesante
hacia el no ser,
hacia lo ignoto,
e igualmente
en las sombras
hay líneas, que no rectas,
que no curvas,
ni aún parábolas.

Todo es como una sombra,
tan ignota
que pierde su estructura.

El ojo, su retina
no acierta a distinguir
ni el objeto ni el trazo
que no llegan a ser,
que son esbozo
o luz que no ilumina,
que pudo deslumbrar
y se quedó en destello,
el que tú destructuras,
resultando la prepintura,
que es la pintura madre
de toda la pintura
inimitable y pura.

Tránsito 5, de Conchi Romero

MURO 3, Obra pictórica de Conchi Romero

María Rosario Mohinelo

Conchi Romero ha pintado una serie de cuadros que agrupa bajo el título de MUROS. Hay tantas miradas distintas, tantas impresiones, tan variadas reacciones, tanta connotación diferente conmueve al espectador al contemplar su pintura, que creo que ese es el momento en que la obra de arte adquiere su total razón de ser, igual que sucede con el libro y la lectura.

En el cuadro que reproducimos en esta página, el tercero de la serie, veo, o quiero ver entre otros despojos, parte de la silueta de una mujer enorme, resto de algún mascarón de proa arrojado por la borrasca al pie de un acantilado, epílogo de una vida viajera por mares embravecidos que, como todas las vidas, ha llegado al reposo del último naufragio; y que las nubes de ese cielo gris verdoso no son sólo manchas, sino caras con ojos penetrantes que la observan o vigilan. ¡Cuántas preguntas puede sugerirme esta interpretación!

Advertidos o no, hay muchos muros rodeándonos, algunos sangrantes, -pienso en esa ciudad sitiada protagonista en estas fechas, por desgracia, de las noticias cotidianas-; otros nos cercan creados por nuestros propios miedos, y otros reales y más fuertes que los construidos con cemento y ladrillos, como el de la soledad; pero hay también muros protectores que defienden el recóndito lugar en el que anida nuestro más íntimo sentir, allí, amalgamadas y quizá ignoradas, duermen nuestras antiguas vivencias: alegrías, frustraciones, deseos, olvidos, recuerdos, sueños… de donde, en el momento de la inspiración, aflora el alma de la intuición creadora, no sólo estética o técnica, a la que llamamos arte y que Conchi Romero nos ofrece con su obra.

Muro 3, de Conchi Romero

FIN DEL CUADERNILLO DE CONCHI ROMERO

POEMA

Inma Méndez -Alféizar

Cuando vi su rostro
supe que sus pupilas no mentían,
que era tarde para querer morder el sobre puntilloso del crepúsculo,
que ya no había labios de seda tejidos con fibra de selene
en la carne de mi lengua,
y que cuando lloviera
mi alma nuevamente se empaparía en el alma del que espera.

Cuando yo vi su rostro,
en un instante se quebraron los efímeros astros
que adornaron el terciopelo de un concreto momento,
su rostro, su rostro y su varonil rostro;

en aguijones de acero inerte
lo conservo en los iris clavado.

La materia de lo inefable se balancea
sobre una partícula de polvo,
a lo lejos,
una imagen en mi cerebro sangriento
me recuerda la idea de un Jesucristo sudoroso,
y,
mugriento,
y una Verónica plañidera que en un pañuelo empapa su faz.

Un pañuelo, una tela santa, y un santo beso muerto,
me reclino en ti, poesía abierta,
para leerte y hasta girarme
en la mañana temprana de su “cerrado-ado” rostro.

“Amatus sum”,
santa palabra digna de ser elogiada;
vísceras planificadas, recortes fónicos de una sien manchada,
agonía del sexo del agua,
vibra oscilante el pañuelo y su enagua.

No puedo quebrantarme,
sé que hay catedráticos muy eruditos en la materia,
y un leve soplo de su glotis
es la espada letal suficiente
para desembaular mi migraña pendiente.

Ahora mido, esculpo, veo,
vomito y desgarro las arterias de mi entorno,
chillo y vocifero,
¿por qué no pudo ser mío aquel rostro?

FINALES CON LUNA

Pilar de Juan

Sin palabras

En mitad de la noche,
después de la música
y la Luna clara,
sola en un taxi camino
del mar y sin un rumbo claro,
te despiertas del sueño
de las ilusiones rotas
y las mentiras a medias.

Y la certidumbre fría y sencilla
de que todo acaba en un taxi,
en la noche cálida
sin rumbo,
así, serenamente, sin lágrimas,
porque ya no queda nada
ni en los ojos, ni en el alma,
ni en el yermo del corazón
que, de pronto, ha perdido
sus hojas verdes,
su fronda de verano,
y es un pedregal vacío
que, inexplicablemente,
todavía late.

CASI NADA

Mercedes R. García-Olías

Tengo mil libros
y no sé nada,
casi nada he aprendido
y con sólo mirar
al fondo de tus ojos
cariño mío
¡cuánto he sabido!

VELEROS INDIGNADOS

Adolfo Celdrán

El ateísmo, el menfotismo y el islamismo estaban acabando con la civilización occidental que había dado desde siempre un sentido a sus vidas. Y que también les había dado de comer, no hay que olvidarlo.

Cada vez era más difícil sobrevivir física y espiritualmente a esta barbarie. Así que, tras hablar con el viejo capellán que los había adoctrinado en su infancia en la fe, y contando con su aquiescencia, decidieron hacer una manifestación (ahora estaba de moda eso) para reivindicar sus creencias, sus principios y sus ganancias. Sería en la Plaza de la Montañeta, cercana a la santa Iglesia de Nuestra Señora de Gracia.

El día acordado y a la hora convenida se juntaron en la susodicha plaza todos ellos y comenzaron a dar palmas para hacer bulla y llamar la atención de los viandantes. Una vez conseguida ésta, dieron la palabra al Padre Capellán. Él dijo que esta manifestación era muy justa y que los allí convocados tenían todo el derecho del mundo a exigir sus derechos materiales y espirituales, más aún si consideramos que se encontraban en las cercanías de un templo dedicado a la Purísima Virgen María, cuya inmaculada concepción había sido, en otro tiempo, defendida con ahínco por nuestras autoridades civiles, militares y eclesiásticas. Porque la Virgen no sólo había concebido al niño Jesús inmaculadamente, sino que sus padres también la concibieron a ella del mismo modo, como finalmente aquél Papa convirtiese en Dogma en contra de Cardenales descreídos y antiespañoles, y recordó el cántico de "Bendita sea la inmaculada concepción de la purísima Virgen María", canto que entonó (o más bien desentonó) con su voz gangosa y desafinada. La totalidad de los manifestantes (o sea, los ocho) empezaron a poner cara de preocupación porque el padre se iba por las ramas, cosa, por otra parte, habitual en él aun en su juventud.

Y, pese a sus protestas, le arrancaron el megáfono. Mientras todo esto sucedía, la plaza se había ido llenando de gente interesada, al parecer, en el evento.

Paco, el más locuaz y de mejor verbo, explicó a los allí congregados que era derecho de los convocantes poder vivir de su profesión, que no era otra que la de hacer velas artesanales, que siempre habían servido para que los fieles las depositaran encendidas ante los santos de su devoción para solicitarles sus peticiones. Y que el descreimiento actual y la crisis había hundido la demanda de las mismas y ya no podían vivir dignamente de su profesión de veleros.

Paco hizo un silencio para ver si aplaudían los ciudadanos allí congregados, pero solo obtuvo los de sus siete colegas. Ni siquiera el padre capellán aplaudió, enfadado como estaba de que le hubieran quitado el megáfono, la voz y la palabra.

Y, justo en aquél momento, los demás congregados en la plaza, que ya eran más de cien personas, comenzaron a corear frases absurdas tales como "No hay pan para tanto chorizo" y a sacar pancartas con textos provocativos y soeces contra las Autoridades y los Bancos.

Sorprendido, Paco le preguntó a uno de ellos qué pasaba, y varios le contestaron que aquélla era una concentración de los indignados. Él afirmó que ellos nueve también estaban indignados, y entonces los demás los animaron a unirse. Eso, o callarse y largarse.

Así fue como nació la facción de "Veleros Indignados".

Allí gritaron, reivindicaron sus derechos y desahogaron su enfado, mientras el cura se dedicaba a cantar, a voz en grito, primero las canciones religiosas que se sabía… y luego las picaronas aprendidas en su infancia de las que se acordaba…

Canciones éstas que finalmente acabaron tarareando con él gran parte de los yayoflautas.

BARROTES DE ACERO

Josefina Campo Rodríguez

A Miguel Hernández

Desde la triste penumbra de tu celda
impregnado de sueños y utopías
doliente el corazón herido
y añorando aquella realidad,
que pudo ser, pero que no ha sido.

Entre los fríos muros te encerraron
encadenado y solo, con la muerte
ceñida a la garganta hasta donde llegaban
lamentos de otros presos y un canto vivo
hasta quebrarse en llanto.

Te abriste el alma, la desgarraste
para dejar salir de dentro tus poemas
y contarnos los avatares de tu vida
de la guerra, tras las rejas y tu infancia
en los campos de Orihuela.

Barrotes de acero sobre tu fuerza rompedora,
oprimen el misterio penetrante de tus ojos,
y tu pensamiento a solas cae despacio
esparcido sobre las cartas de tu amada.

En tu duro lecho te quedaste dormido
callado y solo, sin lamentos,
esperando valiente tu destino
lentamente se aproximó la sombra
silenciosa y posó su mano sobre su frente.

Gritó la noche, y el mundo aún llora,
aún llora por tu muerte,
hombre de corazón, coraje y fuego.

TIZZIRI

Alejandra Hernández Valido

Le acusan las paredes y las puertas,
los gusanos, el sol y los cristales,
los arañazos secos de sus brazos
el silencio sepulcral y nauseabundo.

Le acusa el aire rancio alcoholizado,
las ojeras, las nubes, la nictalopía,
la apoptosis de los sueños, la mentira
de la marcha fúnebre de los secretos.

Amnistía en los saludos huecos,
en la oscuridad de las noches infinitas,
amnistía en las dudas y los rumores
en la tregua cómplice del universo.

Cuenta sobre los lazos de sus trenzas
las estrellas momificadas.
Violeta infantil que se deshoja,
en un invierno milenario.

Otra ocaso, otra amaurosis,
otra noche,
como un ciclo circinado inquebrantable,
otros pasos sórdidos,
otra luna
sobre las entrañas de la tierra.

Bajo sus bailarinas la azotea.

El viento
acaricia el raso de los lazos,
el vacío
fulgura en el novilunio.

“Tizziri” sobre su cuerpo,
astillas de lava,
en el último suspiro de su esencia,
como lágrimas lunares nacaradas.

UN NIÑO MUERTO SOBRE LA ARENA

Luis S. Taza

Al pequeño Aylan

Un niño muerto sobre la arena.
Las blancas olas le acarician,
velándole un sueño mortal,
del que ya nunca despertará.

Quiero yo los sueños que los niños vivos sueñan,
que soñando quieren ser alegría y sonrisas;
nubes blancas, verdes prados, flores y estrellas,
¡y no los cuchillos, las bombas, las balas,
ni todas esas armas que hieren o matan!

Un niño muerto sobre la arena,
despierta al mundo las conciencias,
¡abre los corazones, los desgarra:
le lloran de tristeza, de rabia, de impotencia y pena!

Ahora los poderosos no pueden mirar hacia otro lado,
porque los ojos, todos los ojos, miran, piensan, gritan y exclaman:
¿Cómo ayudar a otros niños, a otras gentes,
que escapan del hambre y la miseria,
de una segura muerte en esa cruel guerra?

Detrás de este niño muerto sobre la arena,
hay todo un extenso pueblo desesperado:
niños como éste, hombres, mujeres y ancianos,
huyendo del horror de la muerte o la tortura,
que en cada rincón les acecha, sin poderlo remediar.

Entonces, con tristeza y dolor, deciden marcharse,
buscar otros lugares, nuevos horizontes,
donde poder habitar, donde crear su hogar.
Pero no olvidarán, anhelando y recordando,
los felices momentos que dejaron atrás.

Sus esperanzas no quedarán varadas en esta playa,
no quedarán dormidas en este mar,
no se detendrán en esos caminos, que tuvieron que andar,
ni en sus lágrimas que derramaron, al tener que marchar.

Porque saben que un día, sin poder determinar,
podrán regresar a su patria,
y vivir felices, en progreso, paz y libertad.

ESTAS MANOS (Canto libertario)

Mercedes R. García-Olías

Estas manos no nacieron
para el grillete y la cadena
no sirvieron a espadas ni puñales
no se afincaron en la brutalidad
de campos incendiados

Estas manos nacieron
para el brocado y la seda
para el tacto del jazmín y de la rosa
para trazar atauriques
en la piel inmaculada
en la espalda del amado.

No conocen estas manos
otra cosa que acordes
de laúdes, clavicordios y violas.
Estas manos sueñan
mundos abiertos sin fronteras
caminos francos, liberados.
Estas manos aman la tierra.

Estas manos ya son para el mar
para el viento boreal
para palpar la flor, el olivo centenario
para acariciar el lomo del viejo perro.
No son para la batalla
son para curar heridas
del combate diario.

Estas manos no son para la ofensa
ni para el golpe y el zarpazo.
Son ya rugosas, estriadas
estas manos mías
como un campo antiguo roturado.
Lucen quemaduras de amor
rasguños de cuchillo de cocina.

Estas manos, sabed, no tienen rey
ni señor, ni amo.
Nacieron libres al final del verano
impecables y limpias
y son únicamente siervas
de un amor infinito.

LA INFLUENCIA DE LUIS CERNUDA EN LA POESÍA DE FRANCISCO BRINES

Después de una lectura atenta de uno de los grandes poetas de la Generación del 27 y de uno de los poetas valencianos más prestigiosos de nuestro panorama poético actual señalo una de mis ideas principales al acometer este estudio: relacionar la obra de Luis Cernuda con la de Francisco Brines. Esta intención surgió tras la lectura de los poemas de ambos poetas y se desarrolló más intensamente al analizar, de forma admirativa, la obra de Brines (no hace falta decir la calidad y la fascinación que me produce la obra poética de Cernuda).

Hay claras semejanzas en ambos poetas, y sostengo (como ya afirmé antes) la deuda evidente de Brines hacia la poesía meditativa de Cernuda, ahora que hacen cincuenta años de su muerte en México.

Para concretarlo más, me quiero referir a ciertos temas que son afines a ambos poetas y que desarrollaré en este estudio

LA IMPORTANCIA DE LA FIGURA DE CERNUDA EN LA OBRA Y LA VIDA DE FRANCISCO BRINES.

Antes de pasar a comentar la estricta comparación entre las obras de ambos poetas, es necesario dejar clara, a través de las palabras de Francisco Brines, la admiración que este último ha sentido por el poeta sevillano.

Una muestra relevante y muy interesante aparece en el discurso que Francisco Brines dio en su ingreso en la Real Academia de la Lengua sustituyendo a Antonio Buero Vallejo, ocupando el sillón X mayúscula.

El discurso de ingreso es un repaso por la pasión adolescente de la lectura que se centra en su admiración desde niño por la poesía de Bécquer y de Rubén Darío.

Será, sin embargo, Juan Ramón Jiménez primero y Luis Cernuda, después, los que convirtieron a Brines en un lector apasionado de poesía, en un hombre vinculado emocionalmente al mundo de los versos, influyeron, sin duda, en su deseo de escribir.

El poeta valenciano habla de "conmoción" para referirse a la lectura del poeta sevillano. Lo que descubre Brines es la verdad del hombre, la autenticidad de una voz que le marcará para siempre, como lector y como poeta. Dice en el célebre discurso:

> "Nadie como Cernuda, en mi experiencia lectora, había sabido incorporar con tanta verdad y completud al hombre que él era en las palabras escritas. Era una experiencia que me conmocionaba y una posible lección de proyección personal en el poema".

Brines sabe que Cernuda es un poeta que vive la ansiedad de lo ideal, un hombre que se desgasta por pensar en una vida mejor, un ser que sufre en la monótona realidad y que aspira a una mayor celebración de la vida a través del arte. Hay conflicto, sin duda alguna, entre el deseo y la realidad, en la línea de lo que va a sentir el poeta valenciano a lo largo de su vida:

> "La esencia de su poesía la constituye el conflicto que se establece entre esos dos términos, ya que el deseo, en muy contadas ocasiones logra el "acorde" con la realidad, que se muestra esquiva" (discurso de ingreso en la Real Academia Española).

Son los momentos en que el poeta valenciano (cuando se produce en Cernuda ese conflicto entre realidad y deseo) llama a esa ansia de lo eterno "la eternidad en el tiempo". Sólo el arte, la naturaleza o el amor pueden producir esa ansia vital.

Para el poeta valenciano, Cernuda le habla y consigue que el poema tenga siempre un lector cercano, dotar al mismo de una intimidad que no han podido obtener otros poetas contemporáneos. Da la impresión que Brines dialoga con Cernuda, ambos en una continua charla sobre el sentido de la vida:

> "Tuve la impresión de que allí yo tocaba al hombre que me hablaba con una cercanía mayor que a las personas que conocía en cuerpo y alma. Ningún poeta me había producido una reacción tan emocionante y novedosa".

Sin duda, el poeta valenciano se refiere a la simbiosis entre el cuerpo y el espíritu, cualidades que presenta el poeta sevillano. La conjunción entre lo racional y lo afectivo no se produce, de forma tan magistral, en otro poeta contemporáneo, nos dice Brines.

El poeta valenciano, en su discurso de ingreso a la Real Academia, dice que el monólogo dramático triunfa en Cernuda como en muy pocos.

Para terminar esta valoración que nos ofrece Francisco Brines sobre la influencia de Cernuda en su obra, cito estas líneas que son relevantes para entender la importancia que ha dejado como legado literario el sevillano en el poeta valenciano:

"A Cernuda siempre le importó desvelar en el poema la verdad del hombre que él era, conocerse a sí mismo en él. Y por ser su verdad, podría ser la de otros".

Y dice, con contundencia en el discurso: "Es Cernuda un poeta completo, que concilia con sorprendente conformidad lo que podría parecer distante (pureza y amargura) y aún contrario (intimidad y distanciamiento): es clásico y romántico, poeta de un alto lirismo y acerbamente crítico, abierto con la misma intensa fruición a la tradición poética española y a las tradiciones poéticas de otras lenguas, metafísico y cotidiano, esteta y moralista".

No se puede decir mejor lo que supone un poeta para otro, el influjo poderoso que ha dejado en su obra y su vida.

Sergio Arlandis, crítico y poeta valenciano de reconocido prestigio, señala, con acierto, en su edición crítica de Las brasas, publicada en Biblioteca Nueva en el año 2008, algo muy significativo: habla de un texto de Brines donde cita las cualidades formales de Cernuda en su poesía: el encabalgamiento, para buscar un ritmo musical interior, coincidencia clara con Brines, legado que nos demuestra el peso esencial que tiene la obra del sevillano sobre la que ha ido gestando el poeta valenciano.

Arlandis dice lo siguiente: "De esta declaración de voluntades estilísticas cabría ir resaltando aquellos puntos que resultan, cuanto menos, esclarecedores y sintomáticos de su propia poesía, ya que –sin intención alguna- proyecta en la obra de Cernuda todos aquellos rasgos que, de alguna manera, le han marcado su vocación lectora y, en consecuencia, su determinación creadora" (p. 44).

Sin duda alguna, la obra de Cernuda es un claro precedente de la actitud de Brines ante el poema, el cual pretende el diálogo con el lector que reconoce en las obsesiones del poeta sobre temas como el amor, la infancia, el paso del tiempo, la muerte, sus propias obsesiones.

Seguidamente, paso a comentar las comparaciones que he encontrado entre los dos grandes poetas españoles, cuya poesía nos deslumbra cada vez que nos enfrentamos a ella al arrullo de nuestra mejor intimidad, como se deben leer los versos verdaderos.

1-El amor en Brines y Cernuda

Tema clave para ambos poetas, aparece en Cernuda en *Las Nubes*, donde se vislumbra el fantasma de la vejez y del paso del tiempo. Hay un poema titulado "La vereda del cuco" donde el poeta dice lo siguiente (habla de la fuente): "Y tú la contemplabas, / Como aquel que contempla / revelarse al destino / Sobre la arena en signos inconstantes". Para Jenaro Talens: "El hombre, que en principio veía en el amor una forma de romper la soledad, queda condenado ahora a la apetencia del amor- fuente de todo" (Jenaro Talens- *El espacio y las máscaras*- Ed. *Anagrama*, Barcelona).

Aparece en Cernuda también la "ceniza" como apareció en la poesía de Brines, refiriéndose al "cuerpo": "Que si el cuerpo de un día / Es ceniza de un día, / Sin ceniza no hay llama / Ni sin muerte es el cuerpo / Testigo del amor, fe del amor eterno, / Razón del mundo que rige las estrellas". Como vemos en el poeta sevillano, el amor es proceso que se acaba y al hacerse ceniza puede ser evocado y ser eterno.

Brines conoce esa ceniza del tiempo, ceniza como resultado del amor que evoca. Lo dirá en "Noche estrellada": "Acaso existe un Ser, alguna mano oculta / con llamas en los dedos, que está quemando / el tiempo. Y es el hombre y la piedra / los restos que amontona la ceniza". Como vemos, aparece la "llama" como en el poema de Cernuda, si para el poeta sevillano la ceniza es el resultado de lo que se ha querido (y a la inversa, se quiere ya para que el amor muera después), para Brines la "llama" es aquello que nos agarra a la vida, compuesta ya de briznas de ceniza, resultado final de todo amor. Ambos cantan lo que se pierde.

Veamos el poema titulado "Remordimiento en traje de noche" de Luis Cernuda, perteneciente a *Un río, un amor*, en este poema vemos la concepción del hombre como un cuerpo vacío: "Un hombre gris avanza por la calle de niebla; / No lo sospecha nadie. Es un cuerpo vacío. / Vacío como pampa, como mar, como viento. / Desiertos tan amargos bajo un cielo implacable". Como podemos deducir, el poeta expresa ese ser que no está lleno, que aparece exento de vida y amor, la comparación con la naturaleza le lleva a unir al hombre a su eternidad (la naturaleza que no ha de perecer).

Si leemos a Brines y sus poemas de *Aún no*, veremos la semejanza (en el poema de "Reminiscencias"): "¿Cómo devolver al vacío / los gestos gastados del amor, / las cálidas imágenes desnudas / del espejo / los cuerpos llameando en la penumbra?". Vemos también el vacío como resultado de todo, si el hombre de Cernuda

era gris y sin cuerpo, Brines expresa que el "vacío" es principio y fin de lo vivido, por ello, emplea el verbo "devolver". Magnífica semejanza de ambos poetas (influencia segura de Cernuda en Brines).

2- Los espacios de la naturaleza: la luz y el jardín

Veamos en el poema de Cernuda "El intruso" esta sensación: "Mientras, en el jardín el árbol bello existe / Libre del engaño mortal que el tiempo engendra / Y si la luz escapa de su cima a la tarde / Cuando aquel aire ganan lentamente las sombras / Sólo aparece triste a quien triste le mira". Como se puede apreciar, aparece el jardín, como en los poemas de Brines, la luz que escapa en la tarde, al llegar el ocaso (nos recuerda la importancia de la luz en los poemas de Brines: luz diurna que engrandece al niño, luz nocturna que es revelación para el joven y condena para el adulto). Aparece en ambos poetas el tiempo y su engaño. La mirada también aparece en la poesía de Cernuda (en un diálogo con su espejo). Recordemos la mirada en el poeta valenciano: "Ciego, / miras la luz, las olas, las abejas, / los veleros, los astros". Cernuda dirá en "Viendo volver" (perteneciente a *Vivir sin estar viviendo*): "Mirando, estimarías / (La mirada acaricia/ Fijándose o desdeña / Apartándose) irreparable todo / Ya, y perdido, o ganado / Acaso, quién lo sabe". Vemos como la mirada es todo, armonía, lucha de contrarios, alegría y desolación.

Francisco Brines

3- La juventud y el erotismo

Ambos poetas coinciden en la juventud como el objeto de deseo, el tiempo (junto con la niñez) de gozar la vida. Recordemos el poema "La sombra" de Cernuda: "Al despertar de un sueño, buscas / Tu juventud, como si fuera el cuerpo / Del camarada que durmiese / A tu lado y que al alba no encuentras".

¿No nos recuerda mucho a los poemas que Brines dedica al goce erótico, al amor a la juventud?, desde luego, recordemos unos versos de "Canción de los cuerpos": "La cama está dispuesta, / blancas las sábanas, / y un cuerpo se ofrece / para el amor", termina diciendo: "Con un cuerpo, / de quien nada conozco / sino su juventud". Vemos ese deseo de gozar con alguien desconocido, anónimo, como en los poemas eróticos de Cernuda. No parece casualidad tanta coincidencia.

Hay un ideal pagano y hedonista en los dos poetas, ambos han hablado en sus poemas de los dioses y no de un solo Dios (salvo para dudar de su existencia o rechazarlo plenamente).

4- La infancia: el edén perdido

No hay que olvidar la infancia como el lugar de la felicidad para Brines y para Cernuda. Veamos el poema X de *Donde habite el olvido*: "Bajo el anochecer inmenso / Bajo la lluvia desatada, iba / Como un ángel que arrojan / De aquel edén nativo". Aparece en Cernuda la "lluvia" como símbolo de destrucción, al igual que demuestra Brines en su poesía. Además, el edén nativo, esa nostalgia, es la misma que Brines siente por la niñez, recordemos "El barranco de los pájaros" y el poema nº I: "Mis amigos / en el agua reían y en ellos / mojé mi cuerpo. Comenzaba cerca / la senda que llevaba a las alturas / gratas, La libertad nos encendía". Vemos dos tiempos, en Brines la felicidad en su plenitud y en Cernuda, a través de la lluvia y el anochecer, la infelicidad. Es curioso que Cernuda haga mención de un ángel que cae, símbolo claro del ángel
caído que fue título de un libro del poeta valenciano *Insistencias en Luzbel*.

Va a mostrar Cernuda esa ansiedad del niño por la felicidad en "Soliloquio del farero", hermoso y largo poema que dice: "De niño, entre las pobres guaridas de la tierra, / Quieto en ángulo oscuro / Buscaba en ti, encendida guirnalda, / Mis auroras
futuras y furtivos nocturnos / Y en ti los vislumbraba". Como vemos, el niño invoca a la soledad para crear, para ser feliz. Ese mismo objetivo late en el poema de Brines "Balcón en sombra", perteneciente a *Palabras a la oscuridad*, cuando dice: "Es el verano, y una música viene/ que otros oídos escucharon". Se refiere entonces a los jóvenes felices del tiempo pasado: "adolescentes que sintieron por vez única / sus corazones oprimidos / ya muertos para siempre / por el puñal, la soledad o el tiempo". La soledad para Brines ya no es el tiempo de la creación, pero sí lo fue en una época dorada donde, solo o con alguien, podía ser dichoso. Para Cernuda, esa soledad se remite al niño, desconocedor de la condena de la vida y aunque admira al adolescente

despreocupado, él (en algunos momentos de su vida) confiesa que nunca lo fue en la juventud (fue un hombre herido antes de tiempo).

Para que quede más claro, Armando López Castro en un excelente estudio acerca de Cernuda titulado: *Luis Cernuda en su sombra*, dirá: "La soledad no anula la comunicación; al contrario, es lo que la hace posible. Adentrarse en la soledad para establecer nuestra morada en ella es estar a la escucha, permanecer atento a la llamada de los dioses, según hizo Holderlin en su momento". Todo ello coincide con lo ya dicho, para Cernuda, como para Brines, el joven que está solo es feliz, porque está comunicándose con la vida a través de su deseo amoroso o su deseo de saber.

5- El fracaso del amor

Debido a la sensación de pérdida y fracaso nacieron los poemas de *Donde habite el olvido*, llega a decir Cernuda lo siguiente en el poema XII: "No es el amor quien muere / Somos nosotros mismos".
Para Brines, el fracaso del amor es la herida que estraga el corazón, así lo dice en "Mendigo de realidad": "Retiraste mi mano de tu mano / y me has dañado el ser". (de *Aún no*). Cernuda dirá en el poema VII: "Perder placer es triste / Como la dulce lámpara sobre el lento nocturno; / Aquél fui, aquél fui, aquél he sido / Era la ignorancia mi sombra". Vemos en ambos el dolor de la pérdida, el desaliento por el desamor. Cernuda reitera a través de la repetición de los tiempos verbales la carcoma del tiempo.

Luis Cernuda

Además hace una loa a los sentidos (poema XII): "Sólo vive quien mira / Siempre ante sí los ojos de una aurora, / Sólo vive quien besa / Aquel cuerpo de ángel que el amor levantara". Para ambos poetas la vida consiste en tocar, mirar, abrazarse.

6- Los amantes para Cernuda y Brines

Para terminar este análisis, merece la pena indagar en los amantes, ¿qué sentido tienen para ambos poetas?

En ambos, hallo coincidencias; los amantes se muestran siempre en la juventud, nunca en la edad adulta. Dice así Cernuda en un bello poema perteneciente a *Invocaciones* (1934-1935) titulado "Dans ma peniche": "Ante vuestros ojos, amantes, / Cuando el amor muere, / La vida de la tierra y la vida del mar palidecen juntamente;" y, además, Cernuda conoce el sentido profano de la vida que tienen los amantes: "Jóvenes sátiros / Que vivís en la selva, labios risueños ante el / exangüe dios cristiano". Fuera del mundo cristiano los amantes se realizan, pueden conseguir la felicidad. La religión cristiana lleva implícito el pecado y la condena de la vida.

Aparece en el poeta sevillano el cuerpo, concretamente el "pecho": "Cuando el amor muere, / Vuestra crueldad, vuestra piedad pierde su presa, / Y vuestros brazos caen como cataratas macilentas, / Vuestro pecho queda como roca sin ave". Cernuda muestra esa extensión del amor a los brazos, al pecho, lo sensual está presente (como lo está en Brines que también hace hincapié repetidas veces en el pecho, la boca).

En el poeta andaluz, esta sensualidad se relaciona con la naturaleza, partícipe (como en Garcilaso) de los sentimientos amorosos de los seres humanos (cataratas, roca, ave).

Si nos fijamos ahora en Brines, podemos observar en "Extasis", corto poema perteneciente a *El otoño de las rosas* la visión de los amantes en su momento de máxima sensualidad: "Ven, dame tus sollozos y estréchate en mis brazos, / y deja que te bese las mejillas / mojadas. Criatura que reacoges, / caída en ese rapto de la pena, / a un pecho tan oscuro, Y escucha como bate / dentro del amor, allí naciendo el mundo". Hay fusión amor de los cuerpos-naturaleza, como vimos en Cernuda. El pecho es oscuro pues es símbolo de entrega, de tristeza y alegría al mismo tiempo, como el acto amoroso. Lo íntimo, lo profundo está dentro y fuera del lecho, entregándose como una ofrenda a la naturaleza.

7- El tiempo, lugares evocados: Sansueña y Elca

Cernuda vuelve para escribir el pasado, el lugar de la dicha en "Sansueña" que es espejo de su Sevilla natal. Para Brines será "Elca" su paraíso de la infancia.

Por ello, Cernuda necesita ubicar su niñez a algún sitio, pero tiene que inventar un nombre, como también tuvo que inventarse su propia vida para ser algo feliz. Veamos un fragmento de su libro en prosa *Ocnos* titulado "El tiempo": "¡Años de niñez en que el tiempo no existe! Un día, unas horas son entonces cifra de la eternidad. ¿Cuántos siglos caben en las horas de un niño?".

Como vemos, para Cernuda, el niño no conoce el tiempo.

Veamos ahora el tiempo del niño para Brines y apreciaremos las coincidencias: "No existía la muerte; cuánto orgullo / feliz. El salto era atrevido, siempre / cruzó la viva hoguera pastoril, / la que dañaba el monte". Para el niño no sólo no hay tiempo, sino que no conoce el miedo, es libre y verdadero, como la naturaleza. (pertenece a "Otras mismas vidas" de *Las brasas*) .

Para Cernuda, como ya ha quedado claro en los versos de *Ocnos*, la muerte no existe en el vivir del niño, es solo el resultado del paso del tiempo. Para Brines, la muerte está fuera del mundo de la infancia, donde la vida es dicha y no hay conciencia del dolor. Ambos poetas sienten como suyas la verdad de la vida: el tiempo y su devastador presencia en nuestras vidas. Brines bebe en las fuentes de Cernuda, como también lo hizo de otros grandes clásicos de nuestro tiempo.

8- Otros elementos de la naturaleza

Aparece el jardín en Cernuda, así lo manifiesta "Jardín antiguo" perteneciente a *Ocnos*, Cernuda dice: "Allí en aquel jardín, sentado al borde de una fuente, soñaste un día la vida como embeleso inagotable".

Nos recuerda, desde luego a Bécquer (poeta muy admirado por Cernuda) cuya elegancia y maestría demostró en toda su obra. También Cernuda derrocha elegancia en sus versos.

La luz está muy presente en Cernuda, baña cada página de muchos de sus poemas, recordemos "Cuatro poemas a una sombra", en la 1ª sección "La ventana" (perteneciente a *Vivir sin estar viviendo*) dice: "Todo esplendor, misterio/ primaveral, el cielo luce/ Como agua que en la noche orea". Para el poeta sevillano, la luz del cielo es esplendor y la noche es misterio, lugar de encuentro: "Miras la noche en la ventana, y piensas/ Cuán bello es este día de tu vida".

Para el poeta valenciano, la noche va a ser "honda" en muchas ocasiones, también aparece la noche que posibilita la creación. Dirá Brines en "Mirándose en el humo" que pertenece a "Palabras a la oscuridad" lo siguiente: "La vida muerde aún, / mientras la sombra de la tarde viene / para apagarle su dolor, / su vida toda / y un aire llega que deshace el humo".

Y no olvidemos la presencia del mar en ambos poetas, tanto Cernuda como Brines están marcados por las aguas (aparecen en los poemas de ambos poetas el agua, la fuente, el río, el baño, como celebración del cuerpo de los niños).

Recordemos a Cernuda en La fuente (perteneciente a *Las nubes* (1937-1940): "El hechizo del agua detiene los instantes: / Soy divino rescate a la pena del hombre / Forma de lo que huye de la luz a la sombra, / Confesión de la muerte resuelta en melodía". Se aprecia el agua como símbolo de la vida que camina hacia la muerte, igual ocurre con el mar, para el poeta lleva la caricia y el dolor de la vida, recordemos el poema VI de *Donde habite el olvido*: "El mar es un olvido, / Una canción, un labio; / El mar es un amante / Fiel respuesta al deseo". Vemos el mar como símbolo de lo vivo, puede ser muchas cosas, porque entra en la vida del poeta.

Veamos el inolvidable poema "El joven marino" (perteneciente a *Invocaciones* (1934-1935)) cuando dice: "El mar, y nada más / Insaciable, insaciable / Con pie desnudo ibas sobre la olvidada arena". Vemos el mar como un todo para el joven marinero, idealizado por Cernuda. Repite la palabra "olvido" como en el poema anterior, porque el mar sufre la soledad del poeta, es querido y amado, pero después olvidado por el hombre. Dirá, en esa fusión magnífica del hombre y el mar: "El mar, única criatura / Que pudiera asumir tu vida poseyéndote". La identificación es absoluta, poeta y mar son lecturas de la vida, con su alegría y su tormento (las olas en calma o agitadas simbolizan el estado de ánimo humano).

Aparecen en el poema las "nubes": "Aquellas oscuras tardes, cuando severas nubes, / Denso enjambre de negras alas, / Silencio y zozobra vertían sobre el mar". Vemos a las nubes como presagios de desdicha y al mar como un ser humano atormentado y solitario. Y además, las aves: "En el atardecer. Las aves del día / Huyeron ante el furtivo pensamiento de la sombra". Las "aves" que simbolizan la libertad huyen ante la desdicha que se avecina. Aparece también el "cuerpo" repetidamente: "Cambiantes sentimientos nos enlazan con este o aquel cuerpo".

Y, desde luego, el "pecho", símbolo del amor carnal que se va haciendo cósmico en el poema: "Hasta las anchas barcas resbaladizas sobre / el pecho del mar. / Quién podría vivir en la tierra / Si no fuera por el mar". Se transforma el mar en símbolo del sentimiento, de lo que nos hace soportable la vida. Hay un matiz de esperanza en el mar para Cernuda, como si éste pudiese devolvernos a la infancia perdida.

Este poema tan hermoso nos sirve para ver el sentido que cobra el "mar" para Brines. El poeta valenciano también utiliza (como ya vimos) el mundo de la naturaleza: las aves, las nubes, el viento, etc).

Comento ahora un breve poema, pero muy esclarecedor para apreciar las influencias de Brines sobre el mar. Se titula "Elca" (pertenece a "Palabras a la oscuridad"): "Porque todo va al mar: / y el hombre mira el cielo / que oscurece, la tierra / que su amor reconoce, / y siente el corazón / latir. Camina al mar, / porque todo va al mar". Vemos la misma identificación con el mar, todo va hacia allí, como en Cernuda el "mar" es símbolo de la vida con sus emociones (el dolor, la dicha- todo eso es el mar). Poema de esplendor, donde el mar alumbra la vida, la sustenta y la da sentido. Brines siente el mar como efusión vital, pero no olvida (como le ocurría al poeta sevillano) ese lado de misterio y extrañamiento que produce el ritmo monótono de las olas, al igual que los días de nuestra existencia.

9- La mirada en Brines y Cernuda

Para terminar este estudio comparativo, debemos pararnos en la mirada. Cernuda mira el mundo en su proceso, en ese "ir muriendo". Brines mira (e incluso se observa cuando mira) ese mundo que se va perdiendo con el tiempo.

En el primer poema "Noche de luna" (se halla en *Las Nubes* (1937-1940)), Cernuda habla del hombre y de su necesidad de "mirar" lo horrible y lo hermoso de la vida, repite el verbo "mirar" en varias ocasiones, para subrayar la importancia del acto: "Miró sus largas guerras / Con pueblos enemigos".

Después dice: "También miró el arado / Con el siervo pasando / Sobre el antiguo campo de batalla, / Fertilizado por tanto cuerpo joven".

Aparecerá, de nuevo, el acto de mirar, pero ahora con más hondura: "Mas una noche, al contemplar / Morada de los hombres, sólo ha de ver más allá / Ese reflejo de su dulce fulgor". Mirar, contemplar, ver; para el poeta es el acto principal, el que da y otorga conocimiento, acto de revelación.

Veamos qué ocurre con Brines. Como dijimos en el estudio sobre su obra, Brines hace de su poesía una forma de "mirar" el mundo. Como podemos ver en "Plaza en Venecia": "Alzó los ojos, miró / la luz que cubre el día, / la plaza en que ahora estoy".

Y repite el verbo "mirar": "Es el tiempo el que reina, / yo lo miro pasar / hacia el poniente, cubre / mi cuerpo con su polvo". Brines se deleita en esa sensación de confusión de tiempos, el tiempo de la Plaza, el de su niñez, el de su futuro que se encamina hacia la muerte: "cubre mi cuerpo con su polvo".

Pero también es importante el olor, cuando dice: "Ya todo es flor, las rosas / aroman el camino". Todo es presencia de los sentidos: el tacto, la mirada, el olor.

Muy hermoso cuando dice insistiendo en que la mirada es creación y recoge todo lo que le rodea, haciéndolo vida y poesía: "Y allí pasa el aire, / se estaciona la luz, / y roza mi mirada / la luz, la flor, el aire". Fusiona así la vista, el olor y el tacto del aire que le toca acariciándole. Todo se recoge en la importancia de "mirar". Vemos de nuevo la influencia de Cernuda en Brines, la mirada es conocimiento, acto revelador de la hermosura y de la desdicha del mundo.

Tanto para Cernuda como para Brines hay un hombre que puede ser visto por él, como en un espejo, desdoblamiento del hombre solitario que se mira a sí mismo.

Cernuda lo revela en "Remordimiento en traje de noche" (pertenece a *Un río, un amor*), dice así: "Un hombre gris avanza por la calle de niebla; / No lo sospecha nadie cuerpo vacío; Vacío como pampa, como mar, como viento, / Desiertos tan amargos bajo un cielo implacable". El hombre vacío, no cabe duda, es el poeta que se mira en la calle de niebla, poeta en soledad, vacío del amor y de la dicha.

Brines, en *Las brasas*, expresa también la llegada de ese hombre que sufre el tiempo, consciente de su término, de la fatídica condena de la muerte: "Es un hombre / cansado de esperar, que tiene viejo / su torpe corazón, y que a los ojos / no le suben las lágrimas que siente". Deducimos que ese hombre es el poeta henchido de soledad, mirándose en el poema que escribe.

El poeta valenciano expresa el dolor y, sobre todo, la angustia de saber cierto el final del camino, para Cernuda el hombre viejo mancha al cuerpo joven y es, sin poder hacer nada para remediarlo, un cuerpo vacío.

Merece la pena terminar con unos versos de Cernuda que serán del agrado seguro para el propio Brines que tan serenamente con su maestría poética ha sabido guiar este trabajo (a través de sus reveladores versos): "Donde penas y dichas no sean más que nombres, / Cielo y tierra nativos en torno de un recuerdo; /Donde al fin quede libre sin saberlo yo mismo, / Disuelto en niebla, ausencia, / Ausencia leve como carne de niño: / Allá, allá lejos; / Donde habite el olvido".

Como su nombre indica estos versos pertenecen al primer poema de *Donde habite el olvido* y es una declaración del joven poeta sevillano hacia la vida que ha de venir tras la muerte, una vida sin dolor, sin amor, tan solo hecha de paz y de inconsciencia. La Nada, al fin y al cabo.

Para Brines esa Nada será un lugar hermoso, donde no pese la vida y el poeta, feliz por haber sido, pueda, sin dolor, dejar de ser.

Finalizo este estudio comparativo con las palabras de José Andújar Almansa (José Andújar Almansa- *La palabra y la rosa*- Ed. Alianza- 2003), quien ha sabido leer muy bien a Brines, afirmando con rotundidad palabras que suscribo por nacer de la admiración con la que he afrontado este estudio; dice así Andújar: "En sus páginas, una de las cimas, sin duda, de toda la lírica española del último siglo, encontramos el testimonio de una biografía poetizada". Muy cierto, ya que Brines ha hecho de su poesía un hermoso repaso por sus recuerdos, por su sensibilidad para afrontar el tiempo, revelando sus aristas a los lectores (hay en el poeta que mira mucho de autobiográfico). Estamos ante un poeta "mayor" que merece estar, junto a algunos compañeros de su generación (Valente, Claudio Rodríguez) entre las cimas de la lírica contemporánea española. Sus hermosos versos así lo reflejan para que brille, para siempre, con luz propia.

BIBLIOGRAFÍA

Andújar Almansa, José: *La palabra y la rosa*, Alianza editorial, Madrid, 2003
Arlandis, Sergio: *Francisco Brines. Las brasas*. Biblioteca Nueva, Madrid, 2008.
Brines, Francisco: Poesía completa (1960-1997). Tusquets, Barcelona, 1997
Cernuda, Luis: Antología poética, Cátedra, Madrid, 2003.
Talens, Jenaro: El espacio y las máscaras, Anagrama, Barcelona, 1975.

MI ÁRBOL

Javier Rueda

Aquel es mi árbol.
Lo veo de lejos,
corriendo
me voy a abrazarlo.

El paso del tiempo
lo sigue cuidando.

Cayeron sus hojas.
Después florecieron
tallos esmaltados
con gotas de rocío
y colores blancos

Su sombra mantiene
la campiña verde
al lado del río
con yedra y geranios.

Mi árbol.
Lo veo de lejos
y voy a abrazarlo.

Mi árbol, de Javier Rueda

El espejo, las sombras,
la tierra, el alarido
de las noches terribles,
el larguísimo grito
de la carne y la sangre,
lo que sé de mí mismo,
de mi alma desnuda.

Que todos lo habéis visto:
la lucidez serena,
la impaciencia, el abismo
en el que me derramo,
en el que sobrevivo.

Sólo vuestra amistad
clausura el laberinto
por el que voy o vengo
fatigado y herido.
Sólo tanta amistad
me libra del peligro
que me cerca y rodea,
en el duro recinto
del miedo inexorable
en el que soy y existo.

Manuel Parra Pozuelo,
Lucía Espín, mi amigo
Javier Rueda el pintor.
Adolfo Celdrán, músico,
cantautor y poeta,
ya sabéis cuánto estimo
y amo vuestra amistad,
cuánto la necesito.

Manuel Valero, analista
de mis poemas y crítico.
Antonio Zapata, de Elche
un poeta con gran brío.

María Isabel, Mercedes,
el creador estremecido
que es José Antonio Charques,
el delicado y fino
Trinitario Rodríguez,
compañeros y amigos.

Luis Taza, de acendrada
voluntad de humanismo.

Magnífico mi retrato,
que expresa el arte creativo
de Manuel Condevolney,
poeta y artista exquisito.

Ramón Fernández Palmeral,
aquí, en el mismo sitio,
estuve y sigo estando
lluviosamente sucio.

Mati Bautista: a ti
igual que a Leonor Rico,
os agradezco textos
hermosamente vivos
para mí en mi homenaje.
María Mohinelo: digo
mi admiración profunda
por el bello equilibrio
de tu prosa y tu verso,
que haberte conocido
ha sido muy hermoso
durante mi camino.

Pido ser perdonado
si de alguien me olvido,
y os hablo de las cosas:
la tierra, el alarido
de las terribles noches,
de los días perdidos,
del laberinto inmenso
en el que me fatigo,
pero que con vosotros
son incidentes mínimos,
sucesos cotidianos
que cualquier tarde olvido.

2015

AFUERAS

Condevolney

Si hay sequía
en la cueva del verso,
hay que inventar las afueras,
si no, se agrieta el alma.

Mientras afuera,
llueven palabras, mojando
hojas blancas de madera,
aliñando las metáforas,
garrapiñando la métrica
con sinónimos y antónimos,
o con adverbio invariable
que modifica su estela,
sustantivando adjetivos
como el epíteto de Hera:
“la diosa de los níveos brazos”

Si,
hay que salir,
a contemplar cual Levante
un cielo que desespera
a esa luna que se viste
con luz de sol, por ser negra,
y hacer terapia de sueños
con amistad compañera,
y bañarse de pleonasmos
como alegorías griegas,
con hipérboles o apóstrofes,
y abrirle la panza al verbo,
descoserle el armazón
a ver si allí la razón
querría ser la primera
en encender primaveras
a este humilde corazón.

Hay que encontrar las afueras,
para labrar los caminos
que están llenos de fronteras,
y saltarse los mil muros
que nos visten de vergüenza,
y hacer potajes de eñes
y bocadillos de décimas
y una estrófica ensalada
y un hervido de etopeyas.
y ver como baña el sol
a los pájaros que vuelan
con alas de fino talle
zurcidas con epopeyas.

Y conquistar el placer,
ese placer sin igual
de acostarse cada día
con una octava real.

Y después, si es menester,
volver de nuevo a la cueva
a contárselo a las musas,
a los besos y a las piedras,
y ver si llueve aquí dentro,
dentro de mi calavera.

VENDARÉ TUS OJOS

Luís S. Taza

Vendaré tus bellos ojos,
con una cinta de suave seda,
para que tu mirada no vea,
para que tu tierno cuerpo,
solo me hable, solo sienta.

Que imagine lo que ocurre;
perciba solo mi mirada,
y esa mirada mía se hará caricia,

sentida y enamorada,
respirando tu dulce piel,
estremecida y ansiosa,
por recorrer tus rincones.

Tus ojos verán sin verme,
tus brazos extendidos
me abrazarán sin tocarme,
pero sentirás ese gran anhelo;
el deseo de poseerme, el de amarme.

Pero hoy es el día,
en que te rindo homenaje,
y gozarás de la ternura;
sobre tu nuca, sobre tus pechos,
sobre tus brazos, sobre tus piernas,
sobre toda tu femenina escultura.

Y cuando se retire la húmeda marea,
verás que no hacen falta ojos,
para bailar con las estrellas.

Junio de 2015

UN PAISAJE VACÍO

Ana Ponce de León

Había bajado a la calle para comprar tabaco. Esta ciudad es ruidosa y la calle del estanco estaba en obras, lo que me obligaba a fruncir el ceño, como si eso me ayudara a soportar el ruido.

Me acerqué a la tienda de chinos para comprar un lienzo en blanco. A pesar de tener muy claro que la naturaleza no me ha dotado para el dibujo, de vez en cuando se me vienen las ganas de intentarlo. Quería plasmar en una pintura el paisaje urbano que me rodea, algo de estilo impresionista para no tener que afinar con los detalles. De sobra sabía que no me sería posible y que el lienzo acabaría en el contenedor de basuras.

Al doblar la esquina, me encontré con Antonio, caminaba por la acera de enfrente, lo normal hubiera sido que yo le dijera adiós y él me respondiera de igual manera, con un movimiento de cabeza y una sonrisa en los labios, pero cruzó la calle y me cerró el paso, se detuvo delante de mí con una mirada extraña. Al principio sus ojos eran inquisidores, llenos de reproche, le di dos besos. Su mirada cambió e intuí que algo fuera de lo normal pasaba.

— ¿No sabes lo de Merche?

— ¿Qué es lo de Merche? Me salió una voz torcida, rara. No sé por qué respondí así, seguramente porque comprendí de inmediato que no me iba a decir nada bueno.

— Merche murió hace cuatro meses.

— ¿Cómo? eso no es posible, yo creo que no hace tanto tiempo que he estado con ella. Esto último creo que tuve el buen juicio de no pronunciarlo en voz alta.

—Creí que alguien te lo habría dicho, comprabais el pan en el mismo mercado y la carne. Yo… no tenía la cabeza para avisar a nadie.

—No, no sabía nada. No hablo mucho. No sé, no sabía nada.

Me dice la fecha de su muerte y me doy cuenta de que ese día fue un día más. Ocho días antes o diez después, sabría qué estaba haciendo yo mientras ella moría, son fechas con algún significado para mí, pero ese día fue uno más y esa hora una hora cualquiera y los cuatro meses siguientes, meses de ausencia, de vacío inconsciente.

Solo existen las cosas que nos cuentan y las que nosotros contamos, solo lo que se hace verbo ha ocurrido. Cuando la palabra se hace carne habita entre nosotros.

Ahora ya no quiero pintar un cuadro, no sabría cómo sacar del paisaje a Merche. Tendría que saber reflejar la profundidad del vacío que siente Antonio, el hueco que ha dejado en su casa, tendría que saber pintar un espacio en blanco que no es blanco, si no de inexistencia, un agujero en el lugar que ocupaba. Su ausencia por toda la calle, en el portal de su casa, en la fachada de la segunda planta de su edificio, en el mercado, en la cafetería de la esquina.

Ella, sin yo saberlo, hubiera formado parte de mi escena. Si se lo hubiera podido enseñar probablemente le diría: esa manchita azul eres tú.

No lo entiendo, pienso en ella y solo puedo recordar lo pulcra que era. Mi abuela hubiera dicho que era capaz de lavar el agua y ahora mi cabeza suena vacía de recuerdos, la única frase que se me ocurre para recordarla es absurda.

Merche Lavaba el agua, Merche lavaba el agua.

Junio de 2014

ABRIÓ SU CORAZÓN AL MAR

Juan Antonio Urbano

Rompe el silencio
la lúgubre caricia
del firmamento.
Viene rompiendo el aire
con los ojos tiznados
de negro
y sigue subiendo
por la cuesta inclinada
de los martillos de hielo.
Abrió su corazón al mar
para que el mar se tragara
sus calcetines y sus miedos.
Cogió una cajita
aturdido la llenó
de polvo de tabaco.
En la tapa de los sueños
dibujó una efímera figura: escudo
de marqués alado.
En la profundidad de los océanos
anheló sin tiempo el recuerdo
de tableta de chocolate amargo.

AGITACION

Julia Díaz Climent

Maldigo yo la sombra que me habita
que se ciñe cruel a mis espaldas
que camina conmigo y que me agita.

HAMBRE DE TI…

Augusta Santana Hernández

Me he perdido en alcohol
para paliar el hambre
que tengo de tu cuerpo.
Deshago mis razones,
destrozo los impulsos,
me vengo de locuras
donde tú no estuviste
y así, me voy dejando
palabras de mi sangre,
en este santuario
de papeles escritos
que viven ahora conmigo,
esperándote a ti.

Preciso de un perdón
que me vuelva a la vida,
esa vida repleta
de la luz de tus ojos
y todas las caricias
de tus labios ansiosos...
incompletos de mí.
Así, de esta manera,
dejaré mi adicción
a la pluma escondida
en las venas marchitas
de este cuerpo precario,
que borracho de besos
te pide ensangrentado
que vuelvas a la luna
que gestó nuestro encuentro
con vestido de plata
y noches de mil besos,
de entre dos, para dos.

Si me sobra más sangre,
más licor, más espacios
entre venas partidas...
te digo que es por ti.

Espérame a la vuelta
de todos mis errores.
Mi cuerpo en añoranza
quiere seguir contigo
y mis venas se agotan
desnudando palabras...
y tengo que tragarme
otro sorbo de vida,
que sé que está escondido
en tus brazos de seda.
Espérame a la vuelta
de mi ilusión perdida
que aún te quiero vivir
bebiendo las mañanas,
sudándonos las noches
y sabernos enteros...
y juntos hasta el fin.
Si me sobra más sangre,
más licor, más espacios
entre venas partidas...
te digo que es por ti.

Espérame a la vuelta
de todos mis errores.
Mi cuerpo en añoranza
quiere seguir contigo
y mis venas se agotan
desnudando palabras...
y tengo que tragarme
otro sorbo de vida,
que sé que está escondido
en tus brazos de seda.
Espérame a la vuelta
de mi ilusión perdida,
que aún te quiero vivir
bebiendo las mañanas,
sudándonos las noches
y sabernos enteros...
y juntos hasta el fin.

DIE BLAUE BLUME

Manolo Condevolney

A la nación Saharaui
Die Blaue Blume (flor azul en alemán), es el símbolo del romanticismo.
Este poema nació como un homenaje a todos
los niños, mujeres y hombres azules, los Tuareg (gente libre).
Principalmente al pueblo Saharaui,
y para todos los pueblos oprimidos de la tierra.

Ayer, o fue el otro día,
se me acercó de puntillas el desierto,
para enseñarme su cerca,
su muro de la vergüenza,
baluarte enmudecido por los medios
que prometen y embelesan,
y cuando llega el momento
borran hasta su bandera.

El viento hablaba hassaniya,
y mi mapa había olvidado las dunas del beréber,
cartografía ensombrecida para no poderlas ver,
donde sobreviven tripas hartas de pan y miseria,
y el camino es puro polvo,
polvo de luna y estrellas,
Allí,
hombres, mujeres y niños son esclavos del sistema,
con los huesos desarmados de lidiar tantas tragedias,
nunca olvidan esos días,
los días de las revueltas,
hombres y mujeres libres de esclavitud extranjera.

Ojos de miel, de Condevolney

Un pueblo libre es el que canta
al sol y a la luna sus penas.
De luz visten sus batallas,
de sol, su carne morena,
las camellas amamantan
a los hijos de la arena.

El índigo les viste azules,
el sol su piel de betún,
su parnaso es todo un velo
romántico, Die Blaue Blume.

Por corazón, media luna,
por tierra, todo un sudario,
por camino, las estrellas,
y por bandera,
la del Frente Polisario.

EL OTRO

Adolfo Celdrán

Me llamo Abraham, y soy judío. Vivo en Alemania, y mi padre es sastre. Soy estudioso, y quiero ser un hombre honesto cuando sea mayor. En el colegio me tratan bien, a pesar de mi nombre. Tengo compañeros, sí, pero no tengo muchos amigos. Aunque tengo uno de verdad. Se llama Maharba, y físicamente (sólo físicamente), se parece a mí. Además, los dos somos rubios de ojos claros, y eso favorece nuestra integración. Él es emprendedor, asertivo… impulsivo y racional a un tiempo, una cosa rara, sí, pero funciona. Yo soy más tímido, más sensible, me duele si me tratan mal, y procuro no tratar mal a nadie.

Con la edad, nuestras virtudes y defectos han ido haciéndose más evidentes, y nuestras diferencias también: La llegada de la pubertad ha hecho de él un chico atrevido y emprendedor, y de mí un soñador que escribe historias y poemas y adora en silencio a la chica escogida en mi alma. Él me ha ayudado y la ha escogido también a ella, tal vez sólo por hacerme un favor que le agradezco, y ha conquistado su cuerpo. Ahora es nuestra chica.

En el colegio nos apoyamos porque, aunque somos claros de piel, yo sé que no están bien vistos los de mi ascendencia y mi religión, y digo "MI" a pesar de que yo no soy religioso, pero esa es la religión de mi familia: Es como una declaración de principios, y yo sé que ellos odian esos principios, como nos odiarían si supieran que somos de ideas socialistas y que estamos a favor del internacionalismo proletario. Ellos no: Ellos son alemanes y punto.

A Maharba no lo odian, porque no tiene ninguna ascendencia o, al menos, si la tiene, él se encarga de que ellos no lo sepan; ni milita en nada que no sean las peleas juveniles, el fútbol y el ligue. Él es popular, y nadie imagina que no sea un alemán ario de pura cepa.

Hoy lo he visto desfilar junto a muchos compañeros, con ese traje militar con pantalones cortos, orgulloso de… no sé de qué, de su orgullo, imagino. Y he sentido que me estaba traicionando.

Me ha dicho que no es más que un juego, y que le encanta jugar a eso. Yo he callado.

Ahora, ya con la vejez rondándome el cuerpo, entiendo muchas cosas que se iniciaron ahí. Entiendo que él estudiara leyes, que se presentara voluntario, y que luego defendiera en el estrado, como profesional eficaz, osado y resuelto, a los jefes nazis y a los trepas que aprovecharon esos tiempos terribles para hundirnos y alimentar su bolsillo o su ego. O ambos.

Le fue bien a Maharba. Y yo me quedé solo. Sí, consiguió salvarme de los campos de exterminio, pero en ellos murió toda mi familia: Mis padres, mis hermanos, mis primos… A él no le importó, porque su Ego es su única familia, y se basta y se sobra con él, pero yo quedé solo. O peor aún, acompañado por el recuerdo de sus actos. Acompañado por él. Por Maharba

Y me siento culpable de su culpa, la que él no siente porque él no siente esas cosas.

Y me siento avergonzado de su vergüenza, esa que él tampoco siente. Y sólo eso me redime.

Y lo desprecio todas las mañanas cuando, en la cárcel vital que compartimos, con nuestros nombres absurdamente grabados en nuestras camisetas, nos afeitamos, frente a frente, cada uno a su lado del espejo.

LA CAJITA DE FOTOS

Aurora Seguí

Atrapada por el tiempo y el espacio
en el desván de la casa ya casi vacía
cubierta por el moho y por el polvo
encontré la cajita de las fotografías.
El corazón me dio un vuelco
¿curiosidad, tristeza, o alegría?
no me atrevía a abrirla,
yo no sé qué sentía.
Fui poniendo encima de la mesa
los trozos de mi vida ya pasada,
allí estaba todo lo vivido,
todo mi ayer que ya es más que mi mañana.
Y salieron los quince y los veinte años,
los treinta, los cuarenta, los cincuenta
los que aún están y los que ya se fueron
los hijos, los amigos, los padres, los abuelos
Los momentos más dulces de unas vidas
de las que solo van quedando los recuerdos.
¡Cómo quisiera detener el tiempo!
Hasta daría parte de mi vida
por trasladarme aunque fuera un momento
dentro de la cajita de las fotografías.

SENTIMIENTOS PRIMAVERALES

Germain Droogenbroodt

de "Deslumbrada luz"

Reconociste la primavera
por su verde
y por los salmos de los pájaros
ahí, tan alto en el cielo
y inventabas otra vez cosas
olvidadas hace tanto tiempo
pintabas imágenes
con las centellas del aire
no solamente del rocío matinal
sino también del sueño.

DOS POEMAS

María Rosario Mohinelo

El mar es mi jardín. José Hierro

INVENTARIO

El mar es mi jardín.
Mi ciudad es mi mundo,
mi barrio, mi ciudad.
Mi casa, el claustro ameno
de amparo y bienestar.
Mi familia, el amor
que el Dios de amor me dio.
Mis hijos, el relevo,
mis nietos, el tiempo que vendrá
y mi fiel compañero,
quien a mi lado está.
Son todos mis amigos
los que conmigo van,
y también lo son otros
que nunca lo sabrán.
Me gozo en la lectura
e intento aprender más,
y una aspiración tengo:
el don de “versear”.

SIESTA

Mece el aire suavemente
la arboleda del jardín,
y como copos de nieve
caen las flores del jazmín.
Aun somnolienta la araña
sigue tejiendo los hilos de su red,
y en el soleado estanque
las libélulas aladas
calman voraces su sed.
Ronronea el abejorro,
trabaja duro la hormiga,
dejando rastros de plata
los caracoles caminan.
Por estrechos vericuetos,
a través de las acequias
corre el agua, entonando
su cristalina canción,
y envuelta en la grata sombra
de la parra verditierna,
sosegada y descansada
disfruto la siesta yo.

LA VENUS DE MILO

Javier Rueda

¡Mi diosa!
Altiva en su nobleza,
Sonríe despacio
El viento la besa,
Sus pechos de rosas
Su pubis se guarda
Eterna inocencia
En Milos naciera.
Con mármol del Olimpo
La esculpieron tan bella.

Afrodita de Milos
¡Diosa del amor!
El sol y la luna
Al ver su belleza
Derramar quisieron
Su ternura ardiente
Y gozar con ella.

En Milos quedara
El viento y el agua
La cubrieron de gloria
De tierra y arena.

UN TRATO ES UN TRATO

Condevolney

1

El Abogado del diablo
hizo un trato con el abogado defensor de la ternura:
Un instante de amor,
por tantos siglos de amargura.

Que me amputen las ganas de quererte,
antes de que se me gangrene esta locura.

2

Hinchados tengo los ojos de diluviar tinta china,
y el corazón empapado.
Esta manía mía de escribirme siempre encima,
o voy emborronado,
o me tengo que cambiar las hojas íntimas.

UN EXTRAÑO INESPERADO

Julia Díaz Climent

Bajó las escaleras torpemente, hacía tiempo que su cuerpo comenzaba a boicotearla, a imponer límites imperceptibles. El portal estaba lleno de conocidos y amigos, pero aquella tarde se sabía sola, sin posibilidad alguna de ser rescatada por un halago o una patochada.

Miró la calle, sintió el alivio de la brisa marina, el Parque de Canalejas se erguía fronterizo y selvático entre sus ojos y una llamada extraña y marítima que le estremeció de pronto. ¿Cuántos años hacía que no había paseado por aquel paraje que atesoró su primer beso, donde descubrió el sabor de una boca ajena que la haría tan suya? Aquel recuerdo espoleó su pecho, y quiso más que nunca, ignorar la intensa atracción de cruzar la umbría de los árboles centenarios y llegar al mar.

¿Por qué aquella acuciante angustia? ¿Acaso se trataba de un presentimiento, algún encuentro casual, alguna antigua amistad que cambiaría su vida?, esa vida que parecía desojarse inevitablemente, víctima de un inesperado otoño que tardó solo veinte años en entrar en su casa.

Estaba decidida, cruzó apresuradamente la carretera y pisó la tierra amarillenta que tanto había irritado a su madre cuando, siendo pequeña, manchaba aquellos vestidos blancos y almidonados con los que se convertía a las niñas en muñecas de exposición. Levantó un instante la mirada y volvió a hacerse la misma pregunta que antaño se hiciera. ¿Son leones o leonas?, aquellos petrificados felinos que rugían aburridos a demasiada altura como para ser apreciados o temidos por los niños.

Solo hacía unas horas que había leído unos capítulos de un libro escrito por un tal Mariano Sánchez Soler, donde hablaba de los recuerdos de la ciudad de su infancia, y sentía el contagio de su mirada meticulosa, de aquel hilo de Ariadna que traía a su mente recuerdos abandonados en las brumas de la infancia, y que precisamente ahora, en aquellos días tan sobrecogedores para ella, surgían como mástiles fantasmas surcando su acongojado espacio interior deshilvanado.

Y la fuente… parecía tan pequeña, con aquellos antipáticos peces entrelazados de enormes bocas; creyó recordar la figura de un niño pequeño que orinaba, estaba casi segura de haberlo escrutado durante horas, porque en su época infantil, era imposible hacerse a la idea de cómo sería la anatomía masculina, pero no estaba segura, quizás fue otra fuente, tampoco importaba demasiado, respiró profundamente y de nuevo volvió esa corazonada que la instaba a ir más allá.

Salió a la carretera, cruzó despreocupadamente el primer carril de coches, sin mirar el tráfico. Un frío recorrió su cuerpo, no le habría importado ser atropellada, quizás después de todo, eso sería un alivio. Nadie sospecharía un suicidio, y ella, escaparía por la puerta trasera sin provocar ningún dolor añadido a su muerte. Quedó paralizada en medio de aquella avalancha de metálicas posibilidades, tan solo un instante y hubiese terminado.

Una voz infantil la sacó de aquel insólito trance, y como ángeles custodios, los rostros de sus hijos volaron a su alrededor, dándole una aplastante razón para seguir viviendo. El solo hecho de haberlo pensado, la hizo sentirse miserable y cobarde.

Volvió a la realidad, un coche pasó tan cerca que la hizo tambalearse bruscamente. Tomó fuerzas, y cruzó el segundo carril con cuidado.

Todo estaba cambiado, las pequeñas barquitas pesqueras habían desaparecido quedando relegadas a amarres más lejanos y económicos; en su lugar, enormes yates imponían un todo poderoso paisaje de edificios acuáticos. Echó de menos las embarcaciones menudas, destripadas, sin aparatosos techos, donde podías ver los aparejos, los cubos, las cajitas de cartón vacías donde solo hacía unas horas se retorcían las lombrices, y una imaginaba cómo habría ido la pesca aquella madrugada.

Alguien rozó su hombro, se volvió con la certeza de que era quien había estado esperándola, llamándola. -¿Quizás es esto suyo? Un muchacho de raza negra le acercó un cuaderno con las páginas sucias y dobladas; ella, se quedó atónita mirando aquella gran mano que había recogido en un segundo, el resumen escrito de su vida. No supo que decirle, bastó con una sonrisa y una tímida reverencia para agradecer el detalle. El chaval siguió su trayectoria.

Era curioso, pensó, en pocos años nuestros alicantinos, poseerán rasgos asiáticos, sudamericanos, caucásicos, africanos, pero crecerán unidos a este mar todopoderoso y a esta luz que cala en el alma para siempre dejándote prisionero de su encanto.

Aguardaré un poco más (se dijo mientras trataba de alisar la maraña de papeles) sentía la presencia de aquel ser extraordinario, no tenía prisa.

Observó el nuevo Club de Regatas, tan lujoso, tan inaccesible, y recordó una mágica noche cuando, siendo ella apenas una adolescente, se torturaba pensando que nunca nadie la amaría, que jamás engendraría hijos y que su vida sería estéril y desdichada, aquel día, se adentró en las pasarelas y penetró en el mar, pensó que alguien la escuchaba. Un suave vaivén tranquilizó su espíritu mientras la luna llena lamía el agua que latía suavemente bajo sus pies.

El estruendo de un motor la devolvió a aquella tarde calurosa y mortecina, y descubrió de pronto que todo cuanto había reclamado con fuerza a la vida, le había sido dado: un hogar donde volcar su ternura, un hombre bueno, unos hijos sanos y bondadosos.

Quizás su dolor no fuese tan justificado, después de todo, él creía haber encontrado un nuevo amor y ella, quizás no sufriría tanto si no se resistiera al paso de los acontecimientos. Hacía veinticinco años que en ese mismo lugar no habría imaginado su fructífera vida, ¿Por qué entonces daba por perdido su futuro?, ¿qué sabia ella?

Se sintió libre y ligera, aliviada al fin, reconfortada, giró a ambos lados la cabeza buscando al interlocutor misterioso que había de llegar, y sonrió mansamente al darse cuenta que siempre había estado allí, solo que hacia veinticinco años que no había ido a verlo.

POETA SUM

Mercedes R. García-Olías

¿Por qué soy poeta, me pregunto?
¿quién podría definirlo exactamente,
acaso un loco demasiado cuerdo
acaso un ciego demasiado lúcido?
Poesía es lo que ya puedo definir inevitable
como la historia y la memoria
como el dolor y el placer,
sustancias de la vida, meollos de la muerte.
Acaso sea alma o quizás desvarío
o puede que infortunio o arrebato;
sentir el pensamiento, pensar el sentimiento
fornicarlos, divorciarlos y
luego dejar que se derrame
el fruto de esas coyundas.

¿Por qué soy poeta?
¿o por qué tiembla la tierra, se eleva y se rasga?
¿Quién conoce las furias de la naturaleza?
Pues cuando la tierra tiembla
y todo lo arrasa, mi cuerpo tiembla y me desgarro.
Cuando un pueblo se derrumba
mi alma se hace añicos
pedazos de existencia
zumo, hiel, furor y canto.

LA RANA QUE SANA

Trinitario Rodríguez

Cantos de ranas
gallos y mirlos
todos los días
quiero sentirlos.

Porque me falta
todo el afecto
de estos cantores
siempre en mi huerto.

Es un tesoro
oírlos cantar
en mi tejado
al despertar.

Si el gallo rojo
no canta al alba
es que del hambre
nadie se salva.

Y si, por contra
no dan señales
es que a mi huerta
llegan los males.

Si no cantaran
cuando amanece,
el alma mía
pronto entristece.

Porque me gusta
que me despierten
con versos míos
y no se ausenten.

Si me recitan
algún soneto
la oreja pongo
y me estoy quieto

para escuchar
bien los cuartetos
con mucha calma
y los tercetos.

No hay un solo día
que haya dejado
de oírles cantar
en mi tejado.

Nunca dejaron
de ser el alma
de mis poemas
y de mi calma.

Su pretensión
es dar sosiego
a un mozo enclenque,
poeta y labriego.

Hay madrugadas
que, de repente,
cantan mis versos
de adolescente.

Cuando esto ocurre
sube mi estima
hago un poema
y eso me anima

a componer
bellas canciones,
que aporten algo
a otras naciones.

Sin ellos cerca
yo no vería
tan bella el alba
y el negro día.

Porque ellos son
quien me dan vida,
y me han curado
más de una herida.

Con sus cantares
y sus gorjeos
en una España
de tipos feos.

Alguno de ellos
lleva bigote
es poco humano
y es muy feote.

No hay ni un solo día
que yo quisiera
que esta familia
nunca muriera.

SIN EXCLUSIVISMOS NI FAVORITISMOS: apoyo a la diversidad y a la capacidad

Manuel Parra Pozuelo

Sin duda, uno de los derechos que nos caracterizan y definen como seres libres es el depositar, cada cierto tiempo, nuestro voto, expresando con él nuestras preferencias en orden a las personas que han de gobernarnos.

En este sentido, nuestra revista se incorpora gozosamente a estas manifestaciones cívicas y aporta su entusiasmo y su participación a estas expresiones ciudadanas.

No obstante, nuestro carácter de asociación cultural independiente no permite poner de manifiesto nuestra elección dentro de las diversas opciones entre las que podríamos elegir. Dicho de otra manera, si bien es cierto que manifestamos nuestra voluntad de participar decididamente en el proceso electoral, no lo es menos que nuestra elección de opciones u opción concreta es exclusivamente decisión reservada a nuestra intimidad.

Lo que sí es, a nuestro juicio, nuestra inexcusable obligación es exponer la elección primordial y previa de la totalidad de agrupaciones y entidades participantes en la contienda electoral que no es otra que proteger y amparar las expresiones y manifestaciones culturales, dentro de las cuales no han de ser consideradas preferentes las propias de las elites, dado que, en ocasiones, no son expresión de lo genuinamente mayoritario y popular. Nuestra propuesta propugna el amparo y la protección de aquellos proyectos cuya continuidad sea garantía de mantenimiento más allá de circunstancias coyunturales, y simultáneamente que tengan vocación de albergar la totalidad de los paradigmas estéticos e ideológicos.

Nuestra opinión consiste evidentemente, en propugnar que el imprescindible apoyo a la totalidad de los organismos y entidades políticas y sociales, que hayan resultado elegidas en cualquiera de los procesos electorales, han de proteger a todas las asociaciones que hayan dado pruebas de su capacidad a lo largo del tiempo, sin que eso pueda suponer la exclusión, ni a nivel ideológico ni estético, de la totalidad de los que sean capaces de asumir y difundir la real diversidad de nuestro pueblo.

CÁDIZ

Javier Rueda

De Cádiz salí cantando,
El mar se abría a mi paso.
Yo navegaba en mi barca
Con olas y sin caballos.

Paisaje de sol y lunas
Con estrellas en lo alto
Con un agua transparente
Donde los peces son barcos.

Yo navegaba en mi barca
Pintada de azul y blanco.

RAYO Y LUNA *(poema onomatopéyico y adolescente)*

Adolfo Celdrán

El rayo
se extiende en el cielo brillante cual fúlgido rasgo
se desgaja y cruje
brama atronador
se dirige al suelo
a morir matando
y, con ciega rabia,
se rompe en pedazos.

La luna
lo mira como otras mil veces:
cansada y nocturna
tranquila y muy breve
pues ella ya sabe
que el brillo que la palidece
en unos instantes
irá hacia la muerte.
Y el grito de triunfo que él lance
al ver que es más fuerte
se irá lentamente perdiendo en el mudo silencio
que la noche extiende.

DIBUJO DE VENECIA

Francisco Alonso Ruiz

Inspirado en el libro
Venecia, Amada Mía, de Mercedes Rodríguez

Venecia con qué asombro,
Venecia con qué rojos
crepúsculos de agua
te miro, con qué rostro…

Venecia con qué hermosura
te reposa en los hombros,
en la piel de tus puentes
cuando los desconozco.

Venecia hecha de agua
casi en el mismo otoño
cuando eres más Venecia
y tu tiempo es el gozo.

Venecia tu alegría
es plenitud de todo,
música leve y frágil
de cristal tembloroso.

Desde lejos Venecia
merodeado entorno,
desde cerca Venecia
tiempo y piedra,
Amar solo.

ALERGIA VITAL – LA VUELTA A CASA

Adolfo Celdrán

La sensación era pastosa, como la boca, como el cuerpo, como la penumbra. Un zumbido (¿sonaba un zumbido o era su cerebro?) y el bip-bip-bip de siempre. Entreabrió los ojos. Había alguien, pero no se había dado cuenta de que él estaba medio despierto, así que los volvió a cerrar, como si siguiera dormido ó inconsciente. Y su espalda y ese placer de sentirla apoyada en la cama. Y la respiración, lenta, profunda. La echaría de menos.

Pero se libraría de la culpa, esa culpa indefinible, difusa, imposible de vencer porque se escondía. Culpa de ser, de estar, de vivir.

Fue el sustituto de su hermano, muerto antes de nacer. Le robó la atención de su madre y hasta el nombre, y le pesaba. A veces, cuando le llamaban, no sentía que lo llamaban a él.

Y la pulmonía, y la tuberculosis, aunque nadie dijera nunca la palabra maldita. Lo sacaron de milagro. Unos años antes se hubiera ido, pero consiguieron retenerlo. La muerte perdió la partida y siguió vivo, extraño en un mundo que había decidido amortizarlo pronto.

Y los riñones. Y las malditas lombrices, esos gusanos flacos que parecía que querían comérselo aunque estuviera vivo, ya que no podían hacerlo como Dios mandaba y mandó y se le negó. Y las alergias a los huevos, a la leche, al chocolate, a vete a saber qué, con aquéllas erupciones por todo el cuerpo… Luego le harían pruebas, le llenarían el brazo de pinchazos. Ninguno se distinguió de su vecino. Era alérgico a todo. A él no le extrañó: Alergia Vital. Alérgico a la vida.

Vivió intentando rebañar más felicidad de la que le tocaba, y estaba contento por ello. Contento con él mismo. Contento y culpable, como le ocurre a la gente de bien que toma prestado lo que no le corresponde.

Sabía que tenía que pagar, pero alargó el pasaje todo lo que pudo. Intentó hacer felices a los que fue conociendo mientras tenía felicidad que poner en las manos. Y, cuando vio que le iba quedando cada vez menos, se esforzó para dar aquello que ya empezaba a escasearle, y disminuyó el contacto con la gente, para que a cada uno de los más queridos le tocase un poco más.

Y ahora, que apenas tenía sino cansancio, mantenía los ojos cerrados, como si durmiera, para no desconsolar a nadie. Pronto no tendría que esforzarse para simular. Ya estaba cerca: Su amante más erótica, ferviente y posesiva le aguardaba tras una espera demasiado larga. También de eso, de hacerla esperar tanto, se sentía culpable. Debía volver, por fin, a casa.

Lo peor fue el tránsito, el sentir como se va perdiendo lo que nos hace ser nosotros, lo que nos hace comprender. El paso progresivo hacia el caos. El horror ante la conversión de lo conocido en un cuadro abstracto e incomprensible que nos acecha.

El miedo primigenio: el que sienten los niños cuando recuerdan el caos del que vinieron.

Y el Caos era Ella, su amante, su Mantis Religiosa, que iba a devorarlo y a poseerlo definitivamente. Y él temía al dolor y al horror del sacrificio irremediable. Y a ella.

El telón fue cayendo, mientras el público, enfervorizado, aplaudía aquélla gran representación. Se merecía el premio al mejor actor de teatro dramático ¡Qué actuación! ¡Qué implicación con el personaje! ¡Qué realismo! Estaba satisfecho: Lo había logrado, había merecido la pena el extenuante trabajo de preparar el final de la obra con verdadera entrega.

Nadie recogió los aplausos desde el proscenio.

Al día siguiente, los periódicos hablarían de aquélla actuación definitiva desde sus páginas de necrológicas.

MADRIGAL

Javier Rueda

Al compás de mi guitarra
Cantabas con dulces quejas,
En mis brazos te quedabas
Esperando te quisiera.
¡Ay muchachita morena!

Entre los álamos blancos
Me entregaste tu inocencia,
Mis manos en tus cabellos
Me calmaban la impaciencia.
¡Ay muchachita morena!

En tu cuerpo sonrosado
He visto la primavera,
Rayo de sol en tu sombra
Que se mueve cuando besas.
¡Ay muchachita morena!

Sobre mi pecho descansa
El amor que tú me dejas,
Silencio quiere la noche
Aunque la luna esté cerca.
¡Ay muchachita morena!

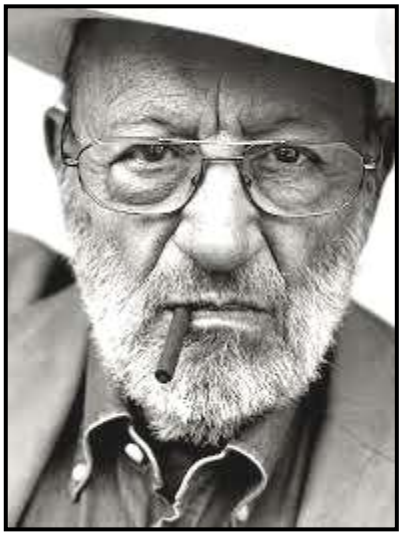
En un sangrante orbe,
en el que muchedumbres
luchaban por ser ellas,
por obtener las mínimas
y ciertas subsistencias
que permitieran sólo
una pobre existencia,
imposible en la estepa
helada de los zares,
e igualmente lejana
del vivir en desiertos
rescatando el salitre,
el poeta que amó tanto
y que tan triste estuvo
cuando el amor buscaba
también hablo incesante
del fulgor y del fuego
que los hombre llevaban
en sus voces ardientes,
pugnando por llegar
a un mundo más humano,
a un mundo de justicia
y de luz solidaria,
donde el amor triunfase
por encima de llantos
y de lamentaciones.

Esos fueron sus pálpitos,
sus más ardientes ansias.

También gozó de un mundo
donde había caracoles
múltiples y bellísimos,
y asimiló incesante
mil millones de objetos
imposibles y hermosos
en las casas que iba
tan amorosamente edificando
para vivir allí con sus amadas,
pero un infame derribó su patria,
fue aquel tirano , Pinochet llamado
que asolase su casa y la inundase
de muerte y de tragedia.

No obstante, tras la sangre,
tras el luto y el llanto
Pablo Neruda para siempre deja
una herencia y un viento
que está presente siempre.

Adiós a Humberto Eco



Cuando ya nos encontrábamos revisando los trabajos que hemos incluido en este número de nuestra revista nos conmociono la noticia del fallecimiento de Umberto Eco. El autor de El nombre de la rosa y de tantas otras conocidísimas novelas y otros sapientes y muy sabios ensayos había recibido numerosísimos y merecidos homenajes y distinciones, entre otros el Premio Príncipe de Asturias de la Comunicación y de las Humanidades. El más destacado cultivador de la moderna semiótica cuyas lecciones tanto aportaron al conocimiento actual de teoría de la comunicación no podrá impartir nunca más sus lecciones irrepetibles.

Descanse en paz.

IV Centenario de la publicación de la segunda parte de El Quijote y de la muerte de Don Miguel de Cervantes

El fulminante éxito de la primera parte de El Quijote dio lugar a la publicación en 1514 de un nuevo libro con idéntico protagonista, aunque de mucha menor calidad literaria. el denominado Quijote de Avellaneda.

En nuestro tiempo, en el año 2005 tuvo lugar la conmemoración de la aparición de la primera parte y nuestra revista participó, desde su humilde posición, en el merecido recuerdo y en la nunca bien ponderada exaltación del libro más difundido y trascendente de la lengua castellana, dedicando su número 3 al recuerdo del relato del inmortal caballero.

El día 12 de enero de 2015 se suscribió el convenio de colaboración entre Ministerio de Hacienda y las diversas entidades convocantes que estará en vigor hasta el 31 de diciembre de 2016, en el que se califica el IV centenario como acontecimiento de excepcional interés público.

También el IV centenario de la muerte de Don Miguel de Cervantes que, como es sabido, tuvo lugar el 23 de abril de 1616, se cumple en el año que en estos momentos transcurre.

Y aunque esta sea una razón más para regresar a las inigualables páginas de El Quijote, nos vemos obligados a reseñar que no constatamos ni en ámbitos públicos ni privados, la atención que la inmortal obra merece y reclama.

Asociación Cultural
AUCA de las Letras